

Selección



CLARK CARRADOS

VUELO AL VALLE DEL MIEDO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

CLARK CARRADOS

VUELO AL VALLE DEL MIEDO

Colección
SELECCION TERROR n° 421
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

416 — Araña humana, *Curtis Garland.*

417 — El bosque siniestro, *Clark Carrados.*
418 — El regreso de los pájaros, *Lou Carrigan.*
419 — El tren de los muertos vivientes, *Ralph Barby*
420 — Terror en el ataúd, *Ada Coretti.*

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 82.8-1981

Impreso en España - *Printed in Spain*

1ª edición: marzo, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

—Berney, tengo una noticia para ti. Da la vuelta inmediatamente. Regresa a casita. Tu pasajero es el falsificador. Han venido a verme unos agentes federales. Están aquí conmigo, en el control de operaciones. Los billetes con que me pagó el vuelo son falsos. Regresa, Berney, regresa.

Berney Shallon oyó la llamada que le hacía su amigo y consocio Hank Carmody desde casi doscientas millas de distancia y se quedó estupefacto.

—¿Es posible, Hank? —preguntó por la radio.

—Como lo oyes. Da la vuelta inmediatamente. Los billetes que me dio no sirven ni para adornar el cuarto de baño.

Shallon volvió la cabeza hacia su copiloto, el joven Dave Harris. Este se sentía tan estupefacto como Shallon.

—Imposible —dijo Harris—. El señor Simmons parece una persona tan amable, tan comedida...

El avión, un esbelto reactor de ocho plazas para pasajeros, avanzaba en aquellos momentos a nueve mil quinientos metros y a trescientos cincuenta nudos a la hora. Había despegado del aeropuerto de Miami y se dirigía a El Paso. En aquellos momentos, sobrevolaban la azul superficie del golfo de México.

—¿Me has oído, Berney? —gritó Carmody desde el puesto de control —. ¡Por el amor de Dios, regresa ya! Sospechamos que...

Carmody no pudo decir lo que sospechaba. La puerta de la cabina se abrió en aquel instante y el amable y comedido señor P. R. Simmons apareció armado de una pistola automática, «Colt», calibre 45.

—Comandante, vire ciento cuarenta grados y diríjase a Cuba. Shallon se quedó estupefacto. Harris lanzó una carcajada.

—El señor Simmons tiene un humor excelente —observó—. Nada menos que a Cub...

Fue lo último que dijo. A un palmo de la cabeza, el disparo le abrasó la cara. Fulminado, Harris dobló la cabeza sobre el pecho. Ríos de sangre salían de la herida abierta por el proyectil.

—¡A Cuba! —aulló el ya nada amable y mesurado señor Simmons.

Las manos de Shallon se crisparon sobre el poste de mando. Allí, a su derecha, estaba Dave Harris, un muchacho de poco más de veinte años, muerto estúpidamente por un insensato enloquecido por el pánico. Durante un segundo, sintió la tentación de levantarse y acometer al asesino, pero logró contenerse.

—¡A Cuba, sí, señor! —dijo.

Inició el viraje, perdiendo altura deliberadamente. La aguja del altímetro descendió con rapidez.

—¿Por qué ha hecho eso? Dave sólo quería bromear...

—¡No admito esa clase de bromas! —chilló Simmons—. ¡Y cállese o le vuelo la cabeza de un tiro, aunque sea lo último que haga en mi vida!
Shallon apretó los labios. Creía comprender que Simmons había estado sometido a una enorme tensión en los últimos tiempos. Había hecho una buena obra de falsificación, pero el F.B.I, le perseguía ya hacía algunas semanas. Entonces, al oír que le ordenaban regresar, se había producido el estallido psíquico que le convertía en un ser absolutamente irrazonable.
Continuó el descenso. De súbito, tiró de la palanca hacia sí.
El avión se encabritó brutalmente, ascendiendo casi en vertical a las alturas. Pillado por sorpresa, Simmons gritó, manoteó, y acabó por caer de espaldas.
La pistola se escapó de sus manos, mientras él resbalaba por el pasillo central, hasta el mamparo posterior. Shallon corrigió la maniobra, volviendo a tomar la horizontal, pero antes de que el aullante pasajero pudiera recobrarse, ejecutó un impecable tonel.
Simmons se encontró de pronto en el techo. En la cabina, los zarandeos del avión sacudían la cabeza de Harris, que espurreaba sangre por todas partes. Un chorro de líquido escarlata dio de lleno en los ojos de Shallon, cegándolo por unos instantes.
Niveló el avión, pero lo lanzó hacia abajo casi en el acto, en un picado de 70°, Simmons resbaló, aunque consiguió asirse a una butaca, la inmediata a la puerta de la cabina.
—¡Pare este maldito cacharro! ¡Párelo! —aulló descompuestamente,
Simmons no contestó. Recogió suavemente y, cuando estaba casi horizontal, realizó otro tonel. El pasajero volvió a «subir» al techo. Ahora estaba realmente loco de pánico, apreció Shallon.
Salió del tonel y atrajo la palanca. El morro del avión se inclinó otra vez hacia arriba. Simmons volvió a resbalar hacia la cola. Todavía estaba subiendo, cuando, de pronto, Shallon inició un brutal viraje hacia estribor.
Mientras viraba, volvió a nivelar. La fuerza centrífuga arrastró al pasajero hacia el costado de babor. Ahora, sin salir del viraje, el bimotor descendía, trazando una espiral de amplio radio.
Simmons hizo un tremendo esfuerzo y consiguió arrodillarse, agarrado a algo. Súbitamente, se oyó un seco chasquido.
El pasajero estaba agarrado a la manija de apertura de la puerta. Esta cedió. Por la fuerza centrífuga, la puerta se abrió y Simmons saltó al vacío.
Shallon corrigió la maniobra. El viento cerró por sí solo la puerta. Ladeó el avión a babor, poniendo las alas casi en vertical. Sí, allí iba aquel repugnante asesino, descendiendo con creciente velocidad hacia las azules aguas del golfo de México.

Lo perdió de vista, pero, unos segundos más tarde, divisó la chispita blanca del impacto contra el océano. Niveló, redujo gases y emprendió el regreso.
Cuando cesó la carrera de aterrizaje, varios automóviles corrieron a su encuentro. Carmody y los federales lanzaron un grito de horror al ver a Shallon en la puerta, manchado de sangre de los pies a la cabeza.
—Dave... está muerto... Simmons cayó al mer... —fue todo lo que dijo Shallon antes de poner el pie en el suelo.
Entonces, le flaquearon las piernas. Sentóse en la escalerilla, ocultó el rostro con las manos y rompió a llorar.

* * *

Un par de meses más tarde, Shallon recibió la visita de una joven que dijo llamarse Laurie Sullivan. Era una muchacha de buena estatura, delgada, pelo liso, color castaño oscuro, atado con una cinta a la nuca, y unas grandes gafas apenas coloreadas. Posiblemente, era un tanto miope, supuso Shallon, mientras invitaba a pasar a la visitante.
—He hablado con su socio, el señor Carmody —manifestó Laurie—. Dice que él está conforme por su parte, pero que necesita su aprobación.
—Carmody me ha anticipado algo sobre un vuelo a México, en efecto —contestó Shallon—. Pero antes de aceptar, quiero saber todos los detalles, señorita Sullivan.
—Se los daré —accedió la visitante—. Usted y su amigo son propietarios de la «Shallon Carmody Airlines», Tienen un bimotor a reacción y un par de aparatos más, monomotores, a pistón...
—Lo sé perfectamente —cortó el aviador—. Vaya al grano y explique de una vez lo que quiere.
—Un viaje a México, con seis personas. Si acepta, recibirán por anticipado un cheque de veinticinco mil dólares. Otros tantos, al regreso. Y le advierto que no se trata de nada ilegal, ni nadie hará nada que pueda ponerles en dificultades con las autoridades mexicanas.
—Empieza a parecer interesante, señorita. Continúe, se lo ruego.
—Antes de seguir adelante, quiero hacerle una pregunta. ¿Ha oído hablar de Richard Vernon?
Shallon buceó en el fondo de su memoria.
—Creo que sí... El explorador, todavía los hay en esta época, y además antropólogo...
—De notable reputación, debemos añadir —dijo Laurie.
—Sí, ahora recuerdo más detalles. Oiga, se marchó hace años y desapareció, no sé en qué selva... Sí, aún recuerdo más detalles. Se le dio por muerto oficialmente, al no tenerse noticias suyas...
—No ha muerto. Está vivo y su esposa ha recibido un mensaje, pidiéndole que vaya a rescatarlo, puesto que está prisionero de una tribu de salvajes, que no le dejan marchar. Lo han convertido en una especie de semidiós, ¿comprende?
—Vernon, vivo —dijo Shallon—, Es fantástico... Su desaparición hizo mucho ruido, señorita Sullivan.
—Bastante —admitió la joven.
—Muy bien. Ahora, dígame usted. ¿En calidad de qué ha venido a contratarnos para ese viaje?
—La señora Vernon, lógicamente, quiere rescatar a su marido. Los Vernon, no sé si lo sabrá usted, son gente adinerada. Yo soy la secretaria de Joan Vernon.

—Entiendo. Y ha sido ella quien la ha encomendado las gestiones precisas para el viaje.
—Exactamente.
—¿Puedo seguir haciéndole preguntas: Laurie sonrió.
—Para eso estoy aquí, entre otras cosas —respondió.
—Gracias. Primero, ¿cómo supo la señora Vernon que su esposo está vivo?
—Muy sencillo. Vernon iba en la expedición, acompañado de su secretaria y ayudante personal, Russell Menefee. Ha sido éste quien, por medios que todavía ignoramos, consiguió enviar el mensaje, de cuya autenticidad no cabe duda. Expertos de la Universidad de Florida, que conocen tanto a Vernon como a Menefee, han examinado el mensaje y declarado su autenticidad, sin lugar a dudas.
—Bien, Vernon y Menefee están vivos, pero, ¿cómo llegar hasta allí?
—Menefee envió también un mapa, con indicaciones precisas para llegar hasta el valle de Faxawatl, en el Yucatán. Es un lugar todavía desconocido y jamás explorado, alcanzado por Vernon a pie, tras enormes penalidades. Ahora bien, Menefee, previendo lo que haríamos, hizo que los salvajes que los retienen construyeran una pista de aterrizaje. Usted no ignora que en el Yucatán hay selvas impenetrables...
—Lo sé, y esa pista me tranquiliza. Porque, de otro modo, como no se tirasen en paracaídas, no sé cómo iban a llegar hasta allí.
Laurie hizo caso omiso de la ironía. Abrió su bolso y sacó un pequeño mapa, que desplegó encima de la mesa.
—A unos trescientos cincuenta kilómetros al este de Faxawatl, hay un pueblecito llamado San Ramiro. Aunque le parezca mentira, tiene campo de aviación, en donde podremos repostar antes de iniciar el vuelo hasta el valle —explicó—. Yo me ocuparé de todos los detalles, con el fin de evitarle a usted otro trabajo que no sea el de pilotar el avión. ¿Qué le parece?
—Por ahora, admirable. Sólo que ha olvidado un detalle —dijo Shallon.
—¿Cuál, por favor? —preguntó Laurie, mirándole por encima de sus gafas.
—¿Qué sucederá si, una vez en el valle, los salvajes se muestran hostiles?
—Estaremos prevenidos. La señora Vernon ha contratado un hombre experimentado, cazador profesional y magnifico tirador. Esperemos no necesitar los servicios del rifle de Denloe Cattush, señor Shallon.
Las cejas del piloto se elevaron.
—¿Ha dicho Cattush? —preguntó.
—Sí. ¿Acaso lo conoce? Shallon meneó la cabeza.
—Su fama no es demasiado buena —contestó—. Hay quien sostiene

la teoría de que se ha visto mezclado en un par de revoluciones en países africanos, vendiendo sus
«servicios» al mejor postor.
—Bueno, es un profesional y la señora Vernon ha aceptado sus... honorarios. Usted no tiene por qué mezclarse en lo que haga Cattush, señor Shallon.
—Descuide, no lo haré, a menos que me vea en situación comprometida. ¿Viajará usted también con nosotros?
—Es mi obligación —contestó Laurie sencillamente.
—Creo que el asunto merece le preste atención. Antes, sin embargo, dijo que llevaríamos a seis pasajeros. Usted, la señora Vernon, Cattush y... ¿quiénes son los otros tres?
—Fran Gardner, doctora en medicina y especialista en enfermedades tropicales. Aunque Menefee no lo dice con claridad, parece desprenderse que Vernon está enfermo de cierta gravedad; es de suponer que su dolencia sea propia de la región en que se encuentra.

—Una doctora, ya son cuatro. ¿Y los otros dos?

—Marsh Haggen, antropólogo de la Universidad, interesado en estudiar «in situ» a los rhimecas..., es decir, los habitantes del valle de Faxawatl. Y, por último, Myrna Davenport, la periodista. Le suena el nombre, me parece.

Shallon emitió un bufido.

—Esto, más que una operación de rescate, va a parecer una fiesta social de alto rango —gruñó.

—Usted y Carmody fundaron una empresa de viajes aéreos —dijo Laurie incisivamente.

—Sí, pero no para volar al fondo del país de los locos.

—¿Quiere eso decir que no acepta la propuesta? Shallon alargó la mano y se apoderó del mapa.

—Por un día más o menos, después de cinco años, Vernon no se molestará demasiado

—dijo—. Déme su dirección y veinticuatro horas para reflexionar. Mañana, sin falta, tendrá mi respuesta. ¿De acuerdo?

Laurie se puso en pie.

—Piénselo bien: son cincuenta mil dólares, más gastos —dijo.

—Lo tendré en cuenta —respondió Shallon.

CAPÍTULO II

Había claudicado. Un oscuro instinto le decía que no debía aceptar el viaje. Negros presentimientos conturbaban su ánimo y, de buena gana, hubiera enviado al diablo a Laurie Sullivan, a la señora Vernon y a su esposo... , y a todo el mundo. Pero aquella misma tarde, Carmody le había enseñado los libros de cuentas.

Carmody era el burócrata. El era el experto. Entendía como pocos de los asuntos de vuelo, pero, para los números, resultaba poco menos que catastrófico. Carmody y él componían un magnífico tándem... pero los asuntos, últimamente, no habían marchado por un camino especialmente brillante.

—Si no tenemos números rojos, le falta poco —había dicho Carmody —. Total, será una semana, poco más o menos, y habremos ingresado cincuenta mil dólares. Saldaremos los atrasos del Banco, pagaremos algunas cuentas y aún sobrará lo suficiente para un buen fondo de previsión. Tienes que ir, Berney, no hay otro remedio... o antes de dos meses, liquidamos la sociedad y malvendemos los aviones por lo que nos quieran dar.

—Está bien. —Impresionado por las palabras de su amigo, Shallon había terminado por aceptar—. Mañana iré a hablar con la secretaria de la señora Vernon. Pero no tocaré un tornillo de mi avión, mientras no sepa que el Banco acepta el cheque de anticipo.

—La firma de Vernon es dinero en el Banco, Berney.

—Amén —contestó Shallon lúgubremente.

No, no le gustaba el viaje a Faxawatl, pensó, mientras llamaba a la puerta del apartamento de Laurie. Pero lo harían, qué remedio...

Tocó el timbre de nuevo. Laurie no contestaba y pensó que estaría ausente. De pronto, notó que la puerta estaba entreabierta.

Empujó ligeramente. La sala aparecía vacía. Sin embargo, a través de la puerta del fondo, divisó una blanca silueta.

Laurie parecía arrodillada en el suelo, completamente inmóvil, como si estuviese orando. Lo curioso del caso es que estaba absolutamente desnuda.

Shallon carraspeó para llamar la atención de la muchacha. Laurie no se movió.

Avanzó un par de pasos más. Entonces, sobre un diván, descubrió una bata de felpa, de baño. Agarró la prenda y la extendió con ambas manos, dispuesto a cubrir a la muchacha. Pero al llegar al umbral, vio algo que le hizo sentir un frío espantoso.

Laurie estaba sentada sobre los talones, encima de la toalla de baño. Frente a ella, a dos pasos de distancia, una serpiente cascabel, enrollada parcialmente, balanceaba su cabeza adelante y atrás, mientras la lengua bífida entraba y salía con suaves silbidos.

La muchacha apenas si se atrevía a respirar. Shallon observó su semblante. Parecía en trance, como hipnotizada por el reptil. Pero también adivinó que, en cualquier momento, la serpiente lanzaría su mortífero ataque. Había demasiado blanco para sus colmillos venenosos. Laurie no llevaba encima la menor prenda de ropa que la protegiese del reptil.

Apretó la bata con ambas manos. De súbito, se lanzó hacia adelante.

El reptil descargó su golpe, pero se encontró con la bota de Shallon, que lo arrojó dando volteretas hasta la pared opuesta. La serpiente, sin embargo, no había sufrido apenas daño y se revolvió, enloquecida de furia.

Detrás del piloto, Laurie empezó a chillar histéricamente. La bata de baño cubrió al reptil. Shallon dio un salto y cayó sobre la serpiente. Notó un contacto blando. Volvió a saltar. Esta vez, su bota izquierda cayó sobre el cráneo, cuyo crujido percibió claramente.

—Ya está —dijo, mientras se volvía.

Entonces vio a Laurie que se agarraba de los cabellos, mientras chillaba desenfrenadamente. La muchacha había soportado demasiado tiempo la tensión de verse frente al reptil. Laurie tenía los ojos en blanco y se retorcía como una posesa.

Shallon comprendió que no había más que una solución. Agarró a Laurie, la arrastró a la fuerza hacia el baño y la metió dentro de la bañera. Luego abrió un grifo.

La ducha era de tubo flexible. Shallon enfocó la regadera al rostro de la muchacha. El agua fría la hizo reaccionar en pocos minutos. Sharon cerró el grifo y vio que Laurie empezaba a sentirse mejor.

—Séquese sin prisas —dijo—. Voy a ver si hago un poco de café.

Salió del baño. Bajo la bata, ya no se observaba el menor movimiento. Entonces fue cuando Shallon vio una caja de cartón abierta, en el suelo, con unos orificios abiertos en los costados.

En el fondo de la caja había un papel. Laurie, sin duda, no lo había visto. Se inclinó, lo recogió y leyó un amenazador mensaje:

> *«No vayas a Faxawatl. Todo el que entra en ese valle, no vuelve a salir jamás. No ofendas a la deidad que protege a los habitantes de Faxawatl.»*

Pensativo, Shallon guardó la nota en un bolsillo. Luego se inclinó, envolvió la serpiente muerta en la bata y la llevó a la cocina. Por fortuna, había triturador de basuras. Fue una labor repugnante, pero muy efectiva.

* * *

Laurie apareció, con el pelo suelto, sin gafas y muy pálida todavía.

Shallon le entregó una taza humeante.
—Siento lo ocurrido, aunque celebro haber llegado a tiempo —dijo él —. ¿Se encuentra mejor?
—He pasado unos momentos horribles —contestó ella—. La serpiente allí, mirándome con sus malignos ojillos, balanceando la cabeza...
—Beba el café. Tiene coñac.
Laurie suspiró y tomó unos sorbos. Shallon sonrió.
—Ya ha pasado, no tema —dijo.
—¿Qué ha sido de la serpiente?
Shallon movió la cabeza hacia el fregadero.
—Salió por el triturador de basuras. Ella se estremeció.
—No ha sido mala solución —admitió—. Gracias por su ayuda, señor Shallon.
—Me alegro de haberla salvado. Por cierto, ¿cómo llegó la serpiente?
—No lo sé. Imagino que alguien la introdujo en la casa. Yo estaba en el baño y no oí nada. Salí, cubierta solamente con la toalla, y entonces vi al animal fuera de la caja. Me entró tanto miedo, que me quedé de rodillas... Supongo que entonces se me caería la toalla... Estaba como hipnotizada, fascinada por los ojos de la serpiente... No me atrevía a respirar siquiera...
—Probablemente, la serpiente tenía tanto miedo como usted.
—¡No me diga! —se asombró Laurie.
—Ella vio un gran animal, que aparecía súbitamente, y se le ponía enfrente. Esperaba el ataque de ese animal —y perdone la comparación—, y por ello estaba dispuesta a defenderse. No quería atacar la primera, temiendo ser vencida, aunque, como puede imaginarse, como todo animal salvaje, se hubiera defendido hasta el límite de sus fuerzas.
—Es posible que tenga razón. Pero, he pasado un miedo... Lo que no entiendo es por qué me enviaron la serpiente...
Shallon extrajo la nota que había hallado en el fondo de la caja y se la entregó a la muchacha. Laurie la leyó y luego miró a su visitante con ojos de pasmo.
—Pero eso es., absurdo... ¿Cómo saben que vamos allí?
—Hay demasiada gente involucrada en esta expedición. ¡Caramba, sólo les ha faltado anunciarla por televisión!
—Sí, pero yo tenía entendido que Faxawatl había estado incomunicado con el mundo desde el principio de los siglos.
—Alguien ha roto la incomunicación, empezando por Menefee, el secretario de Vernon. De eso ya no hay duda posible.
—Sí, tiene razón. Sin embargo, la señora Vernon insiste en realizar el viaje. Y no digamos los demás...
—Opino que es demasiada gente, Laurie.
—Ella lo quiere, Berney.

—¿Qué le vamos a hacer? —sonrió Shallon—, Ella paga. Laurie se sentía ya mejor.
—Estoy dándome cuenta de que ha venido a decirme que acepta —exclamó.
—En efecto. Haremos el viaje a Faxawatl en el momento en que la señora Vernon lo crea conveniente —respondió Shallon. Alargó la mano y recuperó la nota anónima—. Voy a pedirle una cosa, Laurie.
—¿Sí?
—No divulgue el incidente de la serpiente.
—Comprendo. Callaré, se lo prometo. Shallon se encaminó hacia la salida.
—Y, en lo sucesivo, cierre mejor la puerta —se despidió.

* * *

En circunstancias ordinarias, Shallon ni les habría mirado siquiera. Ahora empezaba a darse cuenta de que, salvo Laurie, no le gustaba ninguno de los pasajeros.
El nuevo copiloto, Ewen Ropf, estaba ocupándose de la revisión de instrumentos. Joan Vernon llegó, acompañada de Laurie. Joan tenía unos treinta y cinco años y era bastante guapa, aunque de facciones bastas, duras, poco agradables más por la expresión que por las líneas del rostro. Contestó con un monosílabo desdeñoso al cordial saludo del piloto y entró en el avión.
Denloe Cattush, el cazador, llegó a los pocos momentos, cargado con una maleta bastante pesada, de forma alargada. Era un hombre bajo, casi calvo, rechoncho, de piernas estevadas, rostro pecoso y ojos zorrunos. Sonriendo, dijo algo acerca de las cabelleras que pensaba colgar de su cinturón y trepó de un salto al avión.
La doctora Gardner llegó poco después, una mujer alta, delgada, de nariz ganchuda y movimientos hombrunos. Andaba por los cuarenta años y ya se divisaban algunos hilos blancos en sus sienes. Miró a Shallon, como si lo midiese mentalmente, sonrió y lanzó un tenue silbido.
De pronto, inclinó la cabeza.
—Señor Shallon, está usted comestible —dijo.
El joven respingó. La doctora entró en el avión, contoneándose como una vicetiple de revista.
Los dos que faltaban llegaron a los pocos minutos. Myrna Davenport, la periodista, era menuda, bajita, de busto pomposo y caderas prominentes. Usaba unos lentes descomunales y también miró al piloto con ojos críticos al par que experimentados.
—¿Tiene usted novia o esposa, señor Shallon? —preguntó.
—No, señora.

—Me alegro. Eso me evita convertirme en autora de un homicidio en primer grado. Myrna soltó una risita y entró en el avión. El hombre que la seguía se presentó a continuación:
—Doctor Haggen, antropólogo de la Universidad de Florida. ¿Puedo decirle una cosa con franqueza, piloto?
—Por supuesto, doctor. Estoy aquí para servirles a todos ustedes, aparte de conducir el avión hasta Faxawatl.
Haggen era un hombre de mediana estatura, medio calvo y con unos lentes de culo de vaso. Sonrió y dijo:
—Maldigo la antropología y al que la inventó y a los condenados salvajes de Faxawatl, y uso esa expresión, por no emplear otra de significado maloliente. Usted me comprende,
¿verdad?
Shallon se ahogaba de risa.
—Le comprendo, doctor —contestó.
—Salvajes... ¡Puah! Me envía el departamento de Antropología de la Universidad, y sólo porque, al regreso, espera un importante donativo de los Vernon. Si no voy, me despiden. No hay muchas demandas de empleo para los antropólogos parados y ni siquiera sé manejar una pala.
—Pensé que iría voluntario...
—Como dijo aquel, todos los destinados forzosos lo son por su propia voluntad. —Haggen puso un pie en el primer escalón—. ¡Faxawatl, allá vamos! —clamó.
Shallon meneó la cabeza. El último pasajero estaba ya a bordo. Entró en e! avión. Carmody se ocupó de ayudarle a levantar la escalerilla.
—Suerte, Berney —dijo.
—Falta me hará —contestó el joven lúgubremente.

CAPÍTULO III

La llegada del grupo a San Ramiro causó cierta sensación entre los habitantes de la localidad. Era un pueblecito situado en la costa oriental, en un paraje milagrosamente respetado por la selva, que lo rodeaba absolutamente, excepto por la parte que daba al mar. Las comunicaciones por carretera eran poco menos que inexistentes y casi todo el tráfico se había realizado hasta entonces por barco.

Había, sin embargo, una peculiaridad, que empezaba a favorecer el desarrollo de San Ramiro. Por un extraño capricho de la naturaleza, la selva empezaba a unos mil quinientos metros de distancia media. La costa ascendía suavemente hasta una extensa llanura, que había sido aprovechada por unos tipos emprendedores para la construcción de un pequeño aeródromo. El semicírculo despejado tenía el radio suficiente para el aterrizaje de pequeños aviones y, aunque el reactor que pilotaba Shallon necesitaba una carrera más larga, la pista era bastante para permitirle una toma de tierra cómoda y sin preocupaciones.

Había allí un par de avionetas monomotores y también un viejo D.C.3, bimotor de transporte mixto, de carga y pasaje. El aeródromo había traído cierta prosperidad al pueblo, que disponía de un pequeño muelle de pescadores y un par de extensas playas, de arena blanca y muy fina.

—Ahora está muy agradable —dijo Shallon durante la cena en el único y relativamente confortable hotel del pueblo—. Dentro de nada, los turistas lo estropearán todo. Vendrán en manadas, como langostas, y San Ramiro perderá el encanto actual.

—Bueno —contestó el copiloto—, pero eso son cosas de la civilización, que es imparable. Tanto como incorregible el hombre. Ya sabes el dicho: «Donde el hombre pone el pie, mete la pata».

—Exacto —intervino Laurie, que estaba también en la misma mesa—. San Ramiro posee aún el encanto de lo desconocido, de lo exótico... pero dentro de nada se convertirá en el paraíso de los turistas y la gente del pueblo se afanará por montar negocios que los atraigan... y se construirán bloques de apartamentos, y se desbrozarán buenas extensiones de selva...

—Pero nosotros no lo veremos —dijo Shallon—. Quiero decir, que no estaremos aquí.

Porque San Ramiro será muy bonito, pero, para mí, con una vez basta.

—¡Qué mujer! —exclamó de pronto alguien.

Shallon se volvió. Una camarera servía la mesa común donde cenaban todos los miembros de la expedición, incluidos los pilotos. Era una joven alta, de hermosos senos, con piel de bronce y pelo

negrísimo. En sus facciones se advertía indudablemente la ascendencia indígena, sin nada o con muy poca mezcla de sangre.
—Fenomenal —añadió el antropólogo—. Me gustaría ser escultor y hacer una estatua...
—A mí me gustaría más otra cosa —rió Cattush.
—Por favor —dijo secamente la señora Vernon—. No hay nada que me disguste más que las obscenidades en la conversación.
—Aún no hemos dicho nada, señora —protestó Haggen.
—Sólo lo pensábamos, ¿verdad? —añadió el cazador cínicamente.
—Esos pensamientos eran vitriolo puro —intervino la periodista.

—¿Tienes experiencia en los pensamientos ajenos sobre ti, muñequita? —preguntó Cattush burlonamente.
—Tengo experiencia en cerdos bípedos como tú —contestó Myrna fríamente—. Y cada vez que me he tropezado con uno de ellos, le he dado siempre para el pelo.
Cattush se puso colorado. La alusión a su casi completa calvicie era evidente.
—Sólo los hombres pierden el pelo —contestó, orgulloso—. En cambio, algunas mujeres pierden otra cosa.
—¿Sí?
—La vergüenza.
—Por favor —exclamó la doctora Gardner, en vista de que la conversación se agriaba—. Vamos a estar juntos una temporada. Será mejor que nos dejemos de rencillas personales. Hemos de pensar que formamos un equipo y que no podemos permitirnos el lujo de fisuras, que luego podrían resultar perjudiciales de una forma global para todos.
—Yo no he abierto ninguna fisura —se defendió Myrna.
—¿Qué pasa? —gruñó Cattush—. ¿Acaso uno no puede admirar a una muchacha hermosa? Ojalá pudiera admirarla a usted, doctora —añadió insultantemente.
Fran Gardner agarró una botella y estuvo a punto de tirársela al cazador. Haggen asió su muñeca suavemente.
—No le haga caso. Cree que su boca es un fusil y la dispara constantemente. Pero las balas verbales no hacen daño, doctora.
El casi plano pecho de Fran palpitó con violencia.
—Myrna le ha calificado certeramente —dijo.
Cattush rió, mientras señalaba al antropólogo con el tenedor, en el que había pinchado un trozo de carne.
—El lo acaba de decir: las palabras no hacen daño —rió.
—Esto no me gusta —gruñó Ropf, el copiloto. Shallon arqueó las cejas. Ropf añadió:
—Parece un gallinero alborotado. Todos se pelean contra todos,.. Luego los ves en su ambiente y parecen personas educadísimas, amables, llenas de distinción y delicadeza...
—Ewen, déjalos que se muerdan todo lo que quieran —aconsejó Shallon—. Tu trabajo es ayudar a pilotar el avión y lo demás no te importa en absoluto,
—Sí, creo que tienes razón—, Ropf se volvió hacia la muchacha—. Y usted, señorita Sullivan, ¿no tiene nada que decir?
—Pertenezco al bando de los que se muerden entre si —sonrió la muchacha.
—Sólo accidentalmente —dijo el copiloto.
—Es mi trabajo, Ewen.

—Lo hace bastante bien, debo admitirlo —terció Shallon—. Nos hemos encontrado todo preparado, no ha habido fallos en el aterrizaje; tendremos repuesto de combustible, enlace constante por radio, con el control del aeródromo...
—Hacía ya tiempo que planeábamos la operación —declaró Laurie—. Resultó fácil, por tanto.
—¿Quiere decir que hace ya tiempo que sabían que Vernon estaba vivo? —se asombró Shallon.
—Sí. Unas seis o siete semanas. Pero la señora Vernon no pudo hacer nada; estaba convaleciente de una grave enfermedad...
Joan Vernon agitó una mano.
—Señor Shallon —dijo—. Después de la cena, me gustaría hablar en privado con usted. En mi habitación —puntualizó.
—Estoy a sus órdenes, señora —contestó el joven.
Cattush le lanzó una mirada maliciosa. Shallon apretó los labios. «¿Qué diablos estará pensando ese repugnante individuo?», se dijo.

* * *

Joan Vernon estaba sentada ante el espejo del tocador, cepillándose el pelo, vestida con una bata y con un cigarrillo humeante al alcance de su mano. Shallon entró, después de que ella concediera su permiso. Los dos se contemplaron unos instantes a través del vidrio azogado.
—Señor Shallon, quiero hacerle unas preguntas de carácter técnico —dijo ella, tras una pausa.
—Sí, señora.
—De aquí a Faxawatl hay trescientos cincuenta kilómetros en línea recta. Tengo entendido, sin embargo, que es preciso salvar una cadena montañosa que se encuentra a mitad de la ruta.
—Es cierto, señora. Pero el rodeo que tendríamos que dar depende, en todo caso, del tiempo. Si hay nubes, aunque el avión dispone de potencia suficiente para salvar ese obstáculo, preferiría rodear, a fin de eliminar los riesgos al máximo. De aquí a Faxawatl todo es selva...
—Supongamos que el cielo está despejado sobre las montañas y que puede volar en línea recta. ¿Cuánto tardaremos en llegar?
—El avión puede volar a una velocidad de crucero de trescientos cincuenta a cuatrocientos nudos, esto es, entre seiscientos cincuenta y setecientos cincuenta por hora, cifras redondas. Algo más de media hora, si el mapa que le enviaron es digno de confianza.
—Lo es —aseguró Joan—. Otra pregunta, señor Shallon. Hay sitio en el avión para dos personas más. Aparte de los equipajes, ¿qué capacidad de carga extra dispone?
Shallon parpadeó.

—No entiendo, señora.
—Mi esposo ha estado perdido en esa selva durante cinco años. Lo consideran un semidiós, ya se lo explicó a usted mi secretaria. Ahora bien, estoy segura de que ha estado recogiendo objetos de arte precolombinos, cosas hechas por los rhimecas... y que no querrá dejárselas atrás. Naturalmente, en eso estará de acuerdo con usted. ¿Qué peso podrá traer suplementariamente?
—Bien, yo diría que unos cien, ciento cincuenta kilos, si los objetos no son demasiado voluminosos.
—Cuando hayamos llegado al valle, el avión habrá perdido el peso correspondiente al combustible consumido durante el vuelo.

—Es usted muy inteligente, señora. Pero al regresar, repostaremos en San Ramiro...
—Y tiene pista de sobra para una carrera larga de despegue.
Shallon volvió a mirar al espejo. Joan le miraba también. Los ojos de la mujer eran duros, despiadados. Eran los ojos de una persona acostumbrada a imponer su voluntad, sin admitir objeciones o apartando despiadadamente al atrevido que se negaba a cumplir sus deseos.
De súbito, Joan abrió la bata por completo.
El espejo reveló la imagen de un pecho todavía muy atractivo, blanquísimo, y una cintura de agradables contornos. Shallon captó también la invitadora sonrisa de la mujer.
—Discúlpeme, señora —dijo, tras un carraspeo—. Mañana he de madrugar. Mi copiloto y yo tenemos que hacer una revisión a fondo del aparato, para estar seguros de que no se va a producir un fallo en el momento menos esperado. Buenas noches, señora.
Joan cerró la bata lentamente.
—Hágase cuenta de que no ha visto nada —dijo con frialdad.
—No, no he visto nada. —De pronto, Shallon recordó algo—. Señora, ¿cómo recibió la carta de su esposo?
—Por correo.
—¿Por correo?
—¿Le sorprende? Alguien pudo llegar hasta San Ramiro y ponerle un sello. El resto es fácil...
—Sí, señora.
Shallon regresó a su habitación. Ropf estaba leyendo una novela policíaca y le miró inquisitivamente.
—¿Qué te ha dicho? —inquirió.
—Quería saber algunas cosas... sobre detalles técnicos del tiempo de vuelo y demás — contestó Shallon, mientras empezaba a quitarse la ropa—. Ewen, mañana hay que madrugar. Revisaremos el avión minuciosamente.
—Muy bien. ¿Apago la luz?
—Es conveniente.
En la oscuridad, Shallon fumó un cigarrillo. El asunto seguía sin gustarle. ¿Qué clase de carga quería traer Joan desde el valle? ¿Por qué se le habla ofrecido tan impúdicamente? Estaba a punto de reunirse con su esposo, a quien había llegado a creer muerto y al que no veía desde hacía cinco años, y había tratado de seducirle, sin importarle el hecho de que al día siguiente volvería a ver a su esposo.
Aquella oferta, ¿era una especie de soborno que no podía ofrecer por medio de dinero?
Sentíase desazonado. Y todo ello, además, sin contar con la serpiente que alguien había enviado a Laurie. ¿Por qué a Laurie precisamente y

no a la señora Vernon?

* * *

Era casi de noche todavía, cuando salió de su habitación, para dirigirse al vestíbulo. Ropf estaba terminando de vestirse.

De pronto, se tropezó con un individuo. Cattush le miró y sonrió cínicamente.
—Todas son igual —dijo el cazador, que vestía solamente los pantalones y llevaba la camisa en las manos—. En cuanto ven a un hombre, olvidan sus prejuicios...
Shallon asintió.
—No se eche a dormir. Despegaremos dentro de dos horas.
—O.K., capitán.
Cattush se alejó silbando. Shallon reanudó el camino.
Se preguntó a quién había querido referirse el cazador. ¿La periodista? ¿La doctora Gardner?
Sin saber por qué, descartó a Laurie. Aunque no a Joan Vernon. Ahora recordaba que parecía existir cierta intimidad entre los dos. Claro que eso no quería decir nada; los Vernon y Cattush se conocían desde hacía mucho tiempo.
Una puerta se abrió inesperadamente cuando ya llegaba al arranque de la escalera.
—Hola, Berney —saludó Laurie.
—Es usted muy madrugadora —sonrió él.
—He dormido bien, pero me desperté demasiado temprano y ya no pude conciliar el sueño. Le oí hablar con alguien...
—Era Cattush.
—Oh... ¿Adónde va, tan temprano?
—Hemos de hacer una revisión del aparato. Aquí no tenemos un equipo de mecánicos que nos da el O.K. cinco minutos antes del despegue. Los hay, claro, pero no me fío demasiado.
—Comprendo. ¿Cuánto tardaremos en despegar? Shallon consultó su reloj.
—Van a dar las seis. Me gustaría despegar a las ocho —contestó. Ella hizo un gesto de aquiescencia.
—Váyase tranquilo; yo me ocuparé de que los pasajeros estén listos a esa hora —dijo la muchacha, con una graciosa sonrisa.
—Perfectamente. —De pronto, Shallon recordó algo—. Laurie, ¿guarda usted el mensaje que envió el señor Vernon a su esposa?
—Claro. Lo tengo en mi equipaje. ¿Por qué lo pregunta?
—Haga el favor de dejármelo; se lo devolveré más tarde.
—Muy bien, como quiera.
Laurie le entregó la cuartilla momentos después. Shallon le dio las gracias y descendió al vestíbulo. El bar estaba cerca y pensó que le sentaría bien tomar una taza de té antes de dirigirse al aeropuerto.
La camarera que había servido la cena atendía el bar en aquel momento. Sonrió al ver que se acercaba el joven y, en el acto, empezó a calentar la cafetera.
Shallon le enseñó un billete de cinco dólares.

—Quiero hacerle una pregunta... ¿Cómo se llama usted?
—Adela, señor —contestó ella con acento suave, lleno de dulzura.
—Adela, dígame, por favor. ¿Ha visto en alguna ocasión a un hombre casi tan alto como yo, pero más delgado, de unos cuarenta años, pelo muy rubio y escaso en el centro de la cabeza, nariz ganchuda y al que le falta el meñique de la mano izquierda?

La camarera asintió.
—Oh, sí, varias veces, señor. Bastantes, a decir verdad. Usted, sin duda, se refiere al señor Gómez, ¿rio es así?
—En efecto, Adela.
Shallon dejó el billete sobre la mesa. Ropf apareció en aquel instante.
—Estás conquistando a esta chica tan guapa —dijo el copiloto jovialmente.
—Ya está en el bote, ¿no es cierto, Adela? —rió Shallon.
—Sí, señor, completamente en el bote —contestó la camarera, enseñando una doble hilera de dientes blancos como la nieve—. Es que el señor Shallon es mucho más guapo y más hombre que el señor Cattush.
—¿Qué le has dado, Berney? —exclamó Ropf, pasmado.
—Ya lo has oído, soy un tipo bonito —contestó Shallon. Miró a la camarera. Ella sonreía.
—Adela, ¿sabe cuánto volverá el señor Gómez? —preguntó.
—Oh, la última vez dijo que quizá ya no iba a volver más, señor —contestó la nativa.
—¿Quién es Gómez? —preguntó Ropf, muy intrigado.
—Un amigo común de Adela y mío —dijo Shallon con aire intrascendente.

CAPÍTULO IV

El avión despegó con una hora de retraso.
—Las malditas mujeres y sus malditos arreglos matutinos —rezongó el copiloto, cuando accionaba el mando del tren de aterrizaje. Oyó el chasquido de las ruedas al entrar en las guardacámaras, apreció la luz verde y se recostó en el asiento—. Una hora de demás, maldita sea...
—¿Y qué prisa tenemos? —contestó Shallon—. Vamos a estar allí una semana, más o menos, de modo que sesenta minutos poca importancia tienen. Revisa los instrumentos otra vez, anda.
—Sí, señor —dijo Ropf desganadamente.
A los pocos minutos, el avión había alcanzado una altitud y velocidad satisfactorias. Debajo de ellos, sólo había un mar de vegetación, completamente verde, sin solución de continuidad. Hacia cualquier parte que volvieran la mirada, sólo podían ver la infinita extensión de la selva, un océano de vegetación, bello y apacible en la superficie, pero bajo cuya capa externa vivían y morían millones de seres de todas clases: desde el puma y la serpiente venenosa, hasta los arácnidos más terribles, sin contar las hormigas que podían descarnar a un hombre en menos de treinta minutos o los temibles insectos que se introducían bajo la piel y producían sufrimientos indescriptibles.
—Es muy bonito desde el aire, pero no me gustaría vivir aquí por todo el oro del
mundo —dijo Shallon.
—A algunos les gusta —contestó Ropf.
— Sí, a los antropólogos y demás chiflados. Pero a mí...
Shallon se interrumpió. Le parecía haber oído un fuerte chillido procedente de la cabina de pasajeros.
—¿Has oído eso, Ewen?
—Me parece que alguien ha gritado... —dijo el copiloto.
La puerta de la cabina se abrió bruscamente. Laurie, muy excitada, apareció en el umbral.
—¡Berney, polizón a bordo! —gritó.
Shallon respingó. Durante un segundo, lo mismo que el copiloto, se quedó inmóvil, sin capacidad de reacción. Luego, de pronto, dio un salto.
—Ewen, toma los mandos —ordenó.
Abandonó la cabina y se asomó al departamento de pasajeros. Allí contempló una escena singular.
Dos o tres personas rodeaban a un conocido, al que apostrofaban a más y mejor. El
hombre estaba pálido, pero trataba de mantener la serenidad. Uno de los que más gritaba era el cazador. Joan Vernon no se quedaba atrás en sus imprecaciones.

Por el contrario, Haggen trataba de imponer calma. La periodista contemplaba la escena con aire divertido. Fran Gardner parecía indiferente a lo sucedido.
Shallon avanzó rápidamente a lo largo del pasillo.
—Calma, por favor —exclamó—. Dejen que yo solucione este asunto. Permítanme... Joan se volvió furiosa hacia él.

—Capitán, este hombre está aquí ilegalmente. Debe desembarcarlo inmediatamente.
—¿Quiere que lo arroje en vuelo?
—Hombre, no sería mala idea —gruñó Cattush.
—Dejen que el señor Shallon solucione este asunto —pidió el antropólogo—. A fin de cuentas, es el comandante.
—Pero yo soy la jefa de la expedición —chilló Joan—. Corro con todos los gastos y no quiero tener un pasajero indeseado en mi avión.
—Ahora tenemos que cargar con él, tanto si nos gusta como si no, señora —dijo Shallon—. Por favor, dejen que me ocupe de él...
—Iba al lavabo, a retocarme un poco, y me lo encontré de manos a boca —dijo Joan furiosamente.
Shallon miró al polizón. Era un hombre todavía joven, de unos cuarenta años, vestido con ropas muy usadas y barba de varios días. Resultaba evidente su penuria de medios económicos.
—¿Cómo se llama? —preguntó.
—Loeb, Hart Loeb, capitán. Estaba en San Ramiro, sin blanca, y no podía volver a mi país, así que esta noche me escondí en el avión... Lo siento muchísimo, capitán —dijo el polizón—. Pero, créame, no tenía otro remedio...
Shallon le miró oblicuamente.
—Señor Loeb, ¿adónde se dirige usted?
—A los Estados Unidos, naturalmente.
—Nosotros no vamos allí. Loeb abrió la boca.
—¿Que no...? Entonces, ¿adónde demonios se dirigen? Joan dio un paso adelante.
—Capitán, le ordeno que no dé explicaciones a este desagradable sujeto —exclamó—. No le importa nuestro destino, ni lo que pensamos hacer, ¿entendido?
Shallon volvió los ojos hacia la mujer. ¿Qué había tras aquella frente?, se preguntó.
¿Por qué le brillaban con tanta fiereza los ojos que la víspera habían parecido amables y sugerentes?
—Estoy de acuerdo con usted, señora Vernon —respondió tranquilamente—. Pero, como comprenderá, el señor Vernon tiene que viajar con nosotros.
—Si yo fuese el capitán de este trasto, abriría la portezuela y lo arrojaría inmediatamente a la selva —dijo Cattush hostilmente.
—Ningún capitán de nave, aérea o marítima, arroja jamás a un polizón por la borda, señor Cattush. Lo único que puede hacer es entregarlo a las autoridades, a su llegada a puerto. En nuestro caso, al próximo aeródromo.
Se volvió hacia el polizón.
—Señor Loeb, mucho me temo que su intento haya sido inútil —

continuó—. Vamos a un determinado lugar, en el que permaneceremos menos de una semana, Después, regresaremos a San Ramiro, para repostar antes de emprender el vuelo hacia Estados Unidos. Me temo que habré de dejarlo de nuevo en San Ramiro.
—O en Faxawatl. Ahora hay dos plazas libres, pero estarán ocupadas a la vuelta —dijo Joan incisivamente.

Shallon apretó los labios.
—Ese es un asunto que resolveremos en su momento, señora —contestó—. Por favor, vuelvan a sus sitios... Señor Loeb, siéntese ahí y no se mueva mientras no se lo permitan.
—Sí, capitán.
Joan se encaminó hacia el lavabo. La tensión pareció relajarse. Shallon se dispuso a regresar a la cabina. Entonces, Loeb, ya sentado, hizo un gesto.
—Capitán...
—Diga, señor Loeb.
El polizón sonreía enigmáticamente.
—¿Van a buscar objetos artísticos de oro puro, labrados por los indígenas del valle perdido?
Shallon se sobresaltó.
—¿Quién le ha dicho semejante tontería? —exclamó. Loeb se encogió de hombros.
—En San Ramiro, el que quiere escuchar, oye muchas cosas —repuso.
—Está equivocado. Lo que vamos a buscar es a un hombre perdido en la selva hace cinco años y al que se había dado por muerto. Eso es todo, señor Loeb.
—Si usted lo dice, capitán... —contestó el sujeto con sorna.
Shallon dio media vuelta y se encaminó a la cabina. Laurie le detuvo en la puerta.
—Ese individuo estaba equivocado —dijo—. Pensar que íbamos a los Estados Unidos...
—Quizá sólo lo aparenta, Laurie —contestó el joven.
—¿Cómo? —se sorprendió ella.
—En este asunto hay demasiadas cosas que no me gustan, demasiadas ambigüedades. Y si no, ¿por qué le enviaron una serpiente y un mensaje...?
—Berney, le aseguro que todo es cierto. El señor Vernon se perdió y lo hemos encontrado —dijo Laurie,
—Todavía no lo hemos encontrado.
—Pero está allí, en Faxawatl.
—Sí. Y también hay algo más..., pero ya lo comentaremos en otro momento. Vuelva a su puesto, por favor.
Laurie asintió. Shallon volvió a su puesto.
«Cada vez me gusta menos este maldito vuelo», masculló para sí.
—De modo que un polizón —dijo Ropf.
—Ahí lo tenemos, tan ricamente, como si fuese el dueño del avión —contestó el joven disgustadamente.
—¿Y qué vamos a hacer con él? Porque, a la vuelta, no tendremos sitio...

—Le haremos un sillón de mimbres y lo ataremos a una de las alas —rezongó Shallon—. Porque, aunque algunos lo harían de buena gana, es evidente que no podemos dejarlo abandonado en Faxawatl.
—Menudo lío, tú.
—Sí, menudo lío —convino el joven con un gran suspiro—. Tomo los mandos, Ewen —anunció.
—Conforme —respondió el copiloto.

De pronto, Ropf lanzó un grito.
—Ahí está, Berney. No dirás que no soy un buen navegante, ¿verdad?
Shallon contempló la faja de color amarillento que rompía la continuidad infinitamente verde de la selva. Era una pista de aterrizaje, no cabía dudas.
—Sí, has hecho un buen trabajo —elogió. Agarró el micrófono—. Señores pasajeros, atención, por favor. Habla el capitán. Tenemos a la vista la pista de aterrizaje. Hagan el favor de abrocharse los cinturones. Apaguen los cigarros. Muchas gracias.
Un par de minutos más tarde, inclinó el morro y ladeó el avión. Volvió a hablar a los pasajeros:
—Antes de tomar tierra, daré un par de pasadas sobre la pista, a fin de hacerme una idea sobre sus condiciones. Eso es todo.
El reactor descendió hasta unos doscientos metros del suelo. Shallon voló paralelamente a la pista, a unos cuarenta metros en vertical de su borde occidental. El trazado era de Norte a Sur.
Descendió aún más en la siguiente pasada. Aunque el suelo no era de cemento, pudo darse cuenta de que los operarios, quienesquiera que fuesen, habían hecho un magnífico trabajo. No había dificultades en la toma de tierra, aunque sí debería tener más cuidado que lo normal, debido a la relativa angostura de la faja despejada, menos de cuarenta metros. Pero había una longitud suficiente para rodar sin temor a estrellarse contra los árboles del final de la pista.
La cabecera daba a una hondonada de unos quince o veinte metros de profundidad, lo cual le evitaba tener que descender más adelante, para evitar la colisión con las copas de los árboles. Entraría de lejos ya a nivel de la pista, decidió.
—Ewen, tren fuera —ordenó.
Las ruedas salieron de sus guardacámaras mientras el avión describía un amplio viraje. Shallon consultaba constantemente el indicador de velocidad. No podía reducir demasiado, so pena de entrar en pérdida. Con gran cuidado, manejó los timones, junto con los aceleradores. Con velocidad suficiente, un avión era ligero como una pluma. Con poca velocidad, se convertía en una masa de ladrillos.
Las ruedas tocaron el suelo con gran suavidad.
—Buen aterrizaje —elogió el copiloto.
El avión rodaba normalmente, aunque se notaba la ausencia de cemento en la pista. Shallon se preguntó quién saldría a recibirles. Alguien tendría que guiarles hasta Vernon, lógicamente.
El reactor cubrió doscientos metros. Todavía no era momento de aplicar los frenos. Repentinamente, algo brotó de la selva.
Shallon contempló estupefacto aquella cosa sujeta al extremo de una soga. Era una piedra y cayó delante del morro.

Más piedras, todas ellas sujetas a sendas sogas, surgieron con gran violencia desde los dos lados de la pista. Shallon se quedó paralizado por el asombro durante unos instantes.

—Pero, ¿qué diablos nos tiran? —aulló Ropf.

Una piedra, del tamaño de un puño, golpeó el lado derecho del parabrisas y lo opacó instantáneamente. De repente, Shallon sintió unos crujidos espantosos.

La pata de la rueda delantera se quebró. Al mismo tiempo, se rompía también la de la derecha, pero una fracción de segundo después, fue la izquierda la que falló. Shallon cortó el encendido instantáneamente.

La panza del avión tocó el suelo. Sin ruedas, se deslizó hacia adelante, despidiendo violentos chorros de tierra y hierba a los lados, a la vez que daba unos botes que parecía iban a romper los huesos de todos los pasajeros. Súbitamente, una de las alas chocó contra algo saliente y el aparato giró secamente sobre su eje vertical. El ala estalló ruidosamente y el aparato se detuvo al fin.

CAPÍTULO V

Ropf sacudió la cabeza y miró turbiamente a su alrededor.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué ha pasado aquí?

Shallon estaba quitándose ya los arneses de seguridad.

—No hagas preguntas. Hay que evacuar el avión. ¡Rápido, Ewen, rápido! —gritó.

Salió a la cabina de pasajeros. Allí reinaba un pandemónium. La confusión era total. Los chillidos de las mujeres se mezclaban con los gritos y blasfemias de los hombres. Abriéndose paso a viva fuerza, Shallon consiguió llegar a la puerta y soltó el pestillo.

—¡Fuera, fuera todos! —gritó—. No se preocupen de los equipajes. Salgan inmediatamente...

El avión quedó despejado en contados instantes. Algunas de las mujeres parecían próximas a sufrir ataques de nervios. Shallon se acercó a Fran Gardner.

—Doctora, atienda a las mujeres que están excitadas —pidió.

Joan estaba tendida en el suelo y se revolcaba como una posesa. La periodista parecía aturdida, estupidizada, completamente ajena a cuanto sucedía a su alrededor.

Laurie temblaba todavía, aunque era evidente que empezaba a reponerse. De pronto, sonó una risa sarcástica.

—Mi primera aventura como polizón —dijo Loeb—. ¿Se me reblandecieron los sesos en San Ramiro?

Cattush le miró furiosamente. Apretó los puños y se fue hacia él, pero Shallon se interpuso con rapidez.

—¡Quietos! —gritó—. ¡Quietos los dos! Estamos todos en un grave apuro, pero no podremos salvarnos, si empezamos a pelearnos los unos con los otros. Ahora, más que nunca, es preciso mantener espíritu de equipo...

Alguien le tocó en el hombro.

—Capitán, ¿se le ha ocurrido que hay una radio en el aparato? —dijo Haggen suavemente.

El joven se volvió.

—Lo sé perfectamente —contestó—. He cortado el encendido, pero, a pesar de todo, subsiste la posibilidad de incendio. Hay trozos de metal muy calientes; puede que también se haya producido un cortocircuito en alguna parte. Por ahora, no percibo olor a combustible, pero, no obstante, prefiero aguardar unos minutos para entrar en el avión y tener la seguridad de que no me voy a abrasar vivo.

—Muy prudente, capitán —convino el antropólogo.

Ropf estaba a unos pasos de distancia, con los puños cerrados, apoyados en los costados, contemplando la ruina en que se había convertido aquel esbelto bimotor.

—Me pregunto qué especie de hijo de perra nos ha jugado esta mala pasada —dijo furiosamente—. No comprendo lo que nos tiraron, pero rompió el tren de aterrizaje...
—Da gracias que el cristal de tu lado resistió, tal vez porque la piedra lo golpeó de refilón. Ahora podrías estar muerto, Ewen.
Cattush se les acercó en aquel instante.
—No es usted el buen piloto que me aseguraron —dijo hirientemente.
Shallon se irritó.

—Había tomado tierra perfectamente. No había motivos para un accidente. Pero alguien lo provocó.
—Nos tiraron piedras con cuerdas —añadió Ropf.
—¿Piedras con cuerdas? —repitió Laurie, que se había aproximado al grupo.
—Exactamente —confirmó Shallon.
Se acercó al aparato, que yacía sobre la panza, con un ala rota, aunque la del fuselaje aparecía en posición casi normal, sólo ligeramente inclinado a estribor.
Bajo los restos de la rueda delantera encontró una cuerda, fina, pero bastante fuerte. Había dos o tres más en lo que quedaba de las otras dos ruedas.
—Muy astutos —dijo—. ¿Han oído hablar alguna vez de las boleadoras argentinas?
—Yo, sí —contestó el cazador—. Conozco el procedimiento, capitán.
Laurie se puso una mano en la boca. Ropf se sentía estupefacto.
—¿Qué demonios son las boleadoras, Berney? —preguntó.
—Tres bolas, de barro cocido o piedra redondeada, al extremo de otros tantos trozos de cuero, unidos luego en uno solo. El gaucho lanza las bolas y éstas se enredan en las patas del animal al que intentan cazar: un ternero, un caballo... o lo que sea. ¿No es así, señor Cattush?
—En efecto, así es —respondió el interpelado—. Pero se me ocurre una objeción.
—Dígala, por favor —invitó Shallon.
—El gaucho lanza sus boleadoras a una distancia máxima de ocho o diez metros, doce, los más expertos. Pero aquí hay una distancia mayor, Desde el borde de la selva al tren de aterrizaje hay casi veinte metros. O tal vez más.
—¿Pueden unas bolas detener a un avión? —inquirió el copiloto, que no salía aún de su asombro.
Shallon se volvió.
—Una, tal vez no; el avión rompe la cuerda, debido al impulso. Pero han lanzado veinte o más. Las patas del tren de aterrizaje están calculadas para resistir el impacto de la toma de tierra, no para unos obstáculos absolutamente insospechados para los ingenieros aeronáuticos. Rompimos tres o cuatro cuerdas, pero, inevitablemente, hubo una primera que se enredó en la rueda delantera. El accidente era ya seguro.
—Es decir, lanzaron las boleadoras con toda intención.
—Eso supongo, Ewen.
—Pero, ¿por qué? ¿Para qué diablos quieren que nos quedemos en esta maldita selva?
—Cálmate, muchacho —dijo Shallon, dándose cuenta de que el

copiloto estaba a punto de perder los nervios—. Si te excitas, aún será peor. Aguarda unos momentos y entraremos para comunicarnos con San Ramiro y pedir que venga otro avión para rescatarnos.
—Antes tendríamos que hacer otra cosa, capitán —dijo Cattush.
—¿Qué, por favor?
—Alguien lanzó esas boleadoras. Pero no hay brazo humano capaz de arrojarlas a canta distancia. Por tanto, tuvieron que emplear algún dispositivo especial, unos arcos muy grandes, por ejemplo, o unas pequeñas catapultas...
—Hay gente en el borde de la selva —exclamó Laurie, aterrada.
—¿Ha visto algo? —preguntó Shallon.

—Me pareció ver un rostro...
Un ominoso silencio descendió bruscamente sobre el lugar. Incluso los que no se hallaban en aquel grupo cesaron en sus conversaciones.
Cattush fue el primero en reaccionar.
—De mí no se burla ningún mal nacido —barbotó—. Tengo remedios para curar el buen humor de los aficionados a gastar bromas pesadas, ya lo van a ver en seguida.

* * *

Cattush salió del avión, arrastrando su pesada maleta, de forma alargada. Al abrirla, Shallon vio un par de fusiles, cajas de cartuchos y dos revólveres de descomunal aspecto.
—Eso enfría rápidamente a los bromistas —aseguró Cattush, después de cargar uno de los rifles.
Se ajustó un cinturón, del que pendía uno de los revólveres, y echó a andar hacia la selva.
—Con uno o dos que escarmienten, los demás tendrán bastante —dijo, sin volver la cabeza.
Shallon hubiera querido detenerle, pero se dio cuenta de que el cazador haría caso omiso de sus palabras. Además, en cierto modo, carecía de autoridad, ya que estaban fuera del avión.
Haggen se acercó al grupo.
—Si yo estuviese en su pellejo, no me acercaría a la selva por nada del mundo —murmuró.
—¿Teme a los salvajes? —preguntó Shallon.
—¿Quiénes son los salvajes? ¿Ellos o nosotros? —contestó el antropólogo sarcásticamente,
—Si vuelvo a casa, voy a tener mucho que contar —dijo la periodista—. Capitán, tengo adentro mis cámaras. ¿Cuándo podré usarlas?
—Aguarde a que regrese el señor Cattush, por favor —dijo Shallon,
El cazador estaba ya en el borde de la selva. Vaciló un momento y acabó por adentrarse en la espesura.
Todos los espectadores contuvieron la respiración. No se oía el menor sonido. Repentinamente, se oyó un agudo chillido:
—¡Tú, quieto! No te acerques o... ¡Maldita sea! ¡Te digo que estés quieto! Había pánico en la voz del cazador. Shallon se inclinó y agarró el otro revólver. Avanzó unos pasos. Bruscamente, Cattush apareció, corriendo despavorido.
—El fusil no...
Fue todo lo que digo. Algo brotó del océano verde, describió una breve parábola y se hundió profundamente en el centro de su espalda.
Joan y Myrna lanzaron sendos alaridos. Cattush caminó unos cuantos

pasos, tambaleándose horriblemente. La punta de la lanza asomaba por el centro de su espalda.
Vomitaba sangre. De pronto, se vino abajo.
Shallon echó a correr, con el otro revólver en la mano. Alguien le acompañó.

—¡No venga, doctora! —dijo.
—Quizá pueda hacer algo por ese desdichado —contestó Fran Gardner.
En un instante, llegaron junto al cazador. Shallon quedó agazapado, con el revólver a punto, mientras la doctora examinaba a Cattush.
De pronto, Shallon creyó entrever un rostro pintarrajeado. Apuntó y apretó el gatillo varias veces.
No hubo ninguna detonación. «Maldita sea, estaba descargado», pensó. Fran le tocó en el hombro.
—Volvamos, está muerto —dijo.
Shallon retrocedió sin volver la cara. Cuando llegaron a las inmediaciones del avión, examinó el revólver.
—El tambor está lleno —exclamó.
—¿Qué pasa? —preguntó Laurie.
Shallon frunció el ceño. Apretó el gatillo y entonces vio algo que !e hizo lanzar una imprecación.
—¡Han cortado el percutor! Haggen se le acercó rápidamente.
—¿Está seguro?
—Mire —dijo el joven. Le entregó el arma y examinó el otro fusil —.También le falta el percutor.
Ropf se dio una palmada en la cara.
—Lo que nos faltaba —gimió. Shallon le empujó.
—Entra en el avión —ordenó—. Comunícate con San Ramiro y pide un aparato de rescate urgentemente. El dinero no importa, ¿no es cierto, señora Vernon?
Joan vaciló.
—De acuerdo —dijo al fin.
Ropf echó a correr. Shallon lanzó una mirada al inmóvil cuerpo del cazador.
—Apostaría a que las dos armas que se llevó tampoco funcionaban —murmuró. Laurie le puso una mano en el brazo.
—Por si acaso, no vaya —rogó.
—Me parece que elegí mal —se quejó Loeb—. Si hubiese aceptado el trabajo que me ofrecían en San Ramiro... Pero, claro, la dignidad mal entendida...
—¿Tenía posibilidades de trabajo y se escapó? —preguntó Shallon, asombrado.
—Me ofrecían un puesto en el servicio de higiene pública. Figúrese, yo, todo un doctor ingeniero, barriendo las calles de San Ramiro... —dijo el polizón amargamente.
—Podía haber aceptado la escoba que le ofrecían —barbotó Vernon con acento llenó de cólera—. Al menos, ahora, no tendríamos un estorbo.
—Yo no le estorbo a usted, señora —contestó Loeb suavemente.

—Pero me pongo enferma sólo de verle...
—Hay tipos más repugnantes aquí —dijo Myrna con una risita. Shallon dio un paso hacia adelante.
—Por favor, dejen los reproches. Ahora no sirven para nada. Señor Loeb, le agradeceré se abstenga de hacer comentarios.

El polizón se inclinó.
—Soy su obediente servidor, capitán.
—De todos modos, no durará mucho —dijo la doctora Gardner—. Enviarán un avión y hoy mismo podremos estar de vuelta en San Ramiro.
—¿Sin rescatar al señor Vernon? —exclamó Laurie.
—Yo no me iré sin mi esposo —gritó Joan.
—Calma, por favor —rogó una vez más—. Esperemos a mi copiloto. Ahora saldrá y nos dirá...
—Berney, la radio está averiada —informó Ropf desde la puerta. Haggen resopló. Shallon frunció el ceño.
—Hay un equipo de salvamento, con transmisor automático...
—Lo he revisado. Alguien nos birló el transmisor automático —contestó el copiloto.

CAPÍTULO VI

Después hubo unos momentos de auténtica confusión. Todos exponían su plan para salvarse, pero ninguno acertaba a dar una idea medianamente viable. Las acusaciones y los insultos brotaban de casi todas las gargantas, y no era Shallon el menos afectado por las recriminaciones. El joven estuvo a punto de perder la calma en una ocasión, en que Joan Vernon se mostró especialmente virulenta y sólo el pensamiento de que era una mujer le impidió propinarle unos cuantos golpes.

—La radio ha sido manipulada después del aterrizaje, mientras la doctora Gardner y yo estábamos junto a Cattush —se defendió—. En cuanto al transmisor automático, puedo garantizarles que estaba en el equipo de salvamento esta mañana, antes de despegar. Sé cómo se debe hacer la revisión de un avión y pueden estar seguros de que no descuidé el menor detalle.

—Entonces, ¿opina que la avería de la radio ha sido intencionada? —preguntó Haggen.

—Sin duda alguna —se anticipó Ropf a la respuesta del piloto—. Le faltan media docena de piezas fundamentales y es tan inútil como una caja de fósforos vacía.

—Estamos apañados —murmuró la periodista—. Aquí, perdidos a miles de millas de la civilización, sin comida, ni bebida, ni...

—Hay una caja con víveres de emergencia en el equipo de salvamento —declaró Shallon—. También una lata con unos veinte litros de agua—. Golpeó el suelo con el pie—. Pero todos ustedes olvidan que esta pista de aterrizaje no se ha construido sola y que alguien tiene que acudir para recibirnos. —Se volvió hacia Joan—. ¿O no lo dicen así las instrucciones del mensaje que le envió su esposo?

—Sí, en efecto —admitió la aludida de mala gana—. Teníamos que llegar aquí y esperar...

—Eso significa que nos habrán visto —dijo Fran Gardner.

—Supongo que sí, puesto que no se acordó fecha alguna de llegada. En realidad, era algo imposible —contestó Shallon.

Los ánimos parecieron calmarse, después de la primera crisis de nervios. Myrna dijo que tenía hambre, pero Shallon se opuso enérgicamente a abrir la caja de los víveres de emergencia.

—Demonios, desayunó usted todavía no hace dos horas —exclamó de mal talante, ante lo que estimaba una frivolidad imperdonable—. Hay que esperar, no nos queda otro remedio.

—¿Qué ocurrirá si llega la noche y no ha llegado nadie? —quiso saber el antropólogo.

—Bueno, dormiremos en el avión. El fuselaje, por fortuna, ha quedado intacto. Las butacas son reclinables y podemos cerrar la puerta para

evitar posibles ataques, tanto de animales como de nativos hostiles.
—¿Y mañana? —dijo Myrna.
—El capitán no tiene el don de la profecía —saltó Laurie rápidamente —. Además, no debe olvidar que está aquí voluntariamente. Nadie la obligó a venir.
—Chiquilla, no te metas conmigo. No sabes todavía quién soy yo —exclamó la periodista con vivo acento de furia.
—De momento, una mujer que no sabe conservar la calma.
Myrna contestó con una obscena palabrota, que hizo enrojecer a Laurie. La muchacha le dio la espalda despreciativamente. Shallon meneó la cabeza.
—Señora Davenport, le aconsejo modere su actitud. Tenga en cuenta que cuando salgamos de aquí, nos entrevistarán otros periodistas. Usted también formará parte de las informaciones que se publiquen. Puede que su imagen no resulte favorecida.
Myrna apretó los labios.
—Váyase al cuerno, piloto ignorante —dijo. Laurie tiró de la manga de la camisa de Shallon.
—Déjela, no merece la pena enfadarse por una mujer semejante —murmuró.
—Si hubiera frutos comestibles... —se lamentó Haggen.
—Un momento —dijo Fran—. Si alguien encuentra comida, que me la enseñe antes de probar un solo bocado. Tengo un maletín con medicinas, pero no me gustaría toparme con una intoxicación por alimentos nocivos.
—Además, ¿quién va a acercarse a la selva para buscar frutos? —sonrió el copiloto. Shallon volvió la vista hacia el cadáver del cazador, que continuaba en la misma postura. La lanza que le había atravesado el cuerpo permanecía casi vertical. Sólo le faltaba un trozo de lela blanca y roja para que pareciera un banderín militar, pensó macabramente.
De pronto, movido por un impulso incontenible, echó a andar hacia el cadáver.
—¡Berney, no vaya! —clamó Laurie.
Shallon no le hizo caso. A Cattush lo habían herido cuatro o cinco metros más allá del lugar en que había caído. Recordaba muy bien haberle visto correr todavía, con la lanza atravesándole el cuerpo. Además, él vería llegar otra lanza, si algún nativo se la arrojaba...
No hubo el menor gesto hostil. Recobró el fusil y el revólver y, caminando hacia atrás, se reunió de nuevo con el grupo. Segundos después, comprobaba lo que había sospechado desde hacía bastante rato.
—También tienen los percutores rotos —dijo.

* * *

El sol caía de lleno sobre el lugar. Remaba un silencio absoluto.

La mayoría de los pasajeros estaban dentro del avión, a la sombra. No obstante, también allí hacía mucho calor. Shallon prefería estar fuera. El ala izquierda había quedado un tanto levantada y se podía estar sentado debajo de ella.

Laurie se acomodó a su lado.

—El que me envió la serpiente tenía razón —musitó—. ¿Por qué lo haría, Berney?

—Hay muchas cosas inexplicables en este asunto del rescate — contestó él.

—¿Por ejemplo...?

—Primero. Si alguien pudo llevar el mensaje hasta San Ramiro, ¿por qué no lo hizo el propio Vernon? Nadie me convencerá de que, aun hallándose prisionero, no ha podido intentar la huida en más de una ocasión.

—A menos que le tengan encadenado, con grilletes.

—Son cinco años. En todo ese tiempo, ¿no ha podido soltarse? Además, a un semidiós no se le encadena. En todo caso, se le vigila pero siempre llega un período de relajación en la vigilancia y la evasión se puede consumar.
—Si no es que está enfermo de gravedad y no puede caminar a través de la selva.
—También es posible. Pero yo no creo en le enfermedad. Es más, sospecho que es un asunto mucho menos claro que el simple rescate de un reputado antropólogo.
—¿Lo cree así?
De pronto, sonaron pasos en las inmediaciones. Loeb surgió, inclinándose para verles.
—Capitán...
—Diga, señor Loeb —contestó el joven.
—Perdone la intromisión, pero... En fin, usted es el que manda...
—Ya no, amigo mío. No tengo avión y, por lo tanto, carezco de autoridad alguna.
—El capitán de una nave que ha naufragado, ¿no conserva el mando sobre los supervivientes que alcanzan una costa solitaria?
—El comandante de una nave sólo tiene autoridad mientras la nave está a flote. O vuela. En todo caso, podría darle órdenes a mi copiloto, pero no a ninguno de los pasajeros, incluyéndole a usted. Pero no ha venido a verme para discutir aspectos legales, ¿verdad?
Loeb sonrió.
—Lo ha adivinado —dijo—. Me refiero al cadáver. No debemos dejarlo a la vista mucho tiempo. Es más, esta noche, incluso, las alimañas podrían acudir a devorar sus restos. Shallon asintió.
—Habrá que enterrarle, es cierto —convino—. Hay una pala en el avión. Pídasela al copiloto. Cavaremos por turnos. Mientras, yo iré a traer el cuerpo... Ah, dígale a la doctora que venga, por favor.
—Está bien, capitán.
Fran acudió a los pocos momentos.
—Dígame, Berney —habló tranquilamente,
—Voy a traer el cadáver. Usted tiene experiencia. Necesito que... que la arranque del cuerpo...
Fran asintió.
—Descuide. Luego puede quedársela; es un arma estupenda — repuso—. Pero, además, quiero decirle algo.
—Sí, doctora.
—Habría que reunir leña. Convendría que esta noche encendiésemos algunas hogueras.
—De acuerdo.
Ropf y Loeb llegaron, el primero con una pequeña pala. Shallon les señaló un punto situado a unos treinta pasos del avión.

—Ahí, en el centro de la pista. Las lanzas no llegarán, si nos atacan —dijo. Echó a andar hacia el cadáver. De pronto, oyó pasos a sus espaldas.
—Oigan, no tienen por qué venir... —protestó. Laurie y la doctora seguían su mismo camino.
—Nadie se atreve a echarle una mano —dijo la muchacha.

—Y, aunque de baja estatura, Cattush era más pesado de lo que aparentaba —añadió Fran.
Su rostro permanecía impasible. No era una mujer guapa, pero se desprendía de ella una cierta simpatía que le confería un atractivo especial, difícil de ignorar.
—Sí, doctora —contesto.

* * *

Todo seguía igual a media tarde. El bochorno era espantoso. La sed empezaba a mortificar a los componentes del grupo. Algunos le habían pedido agua, pero Shallon, inflexible, había decidido que no repartiría una ración de un cuarto de litro hasta al anochecer, junto con una pequeña parte de los víveres de emergencia. Alrededor de las cinco de la tarde, Shallon abandonó la protección del ala del avión.
—¿Adónde va? —preguntó la muchacha,
—He de recoger leña —contestó él.
—Los salvajes —musitó ella, aprensiva. Loeb apareció en aquel instante.
—Capitán, uno de nosotros puede llevar la lanza y cubrir al otro, mientras recoge ramas secas. ¿Le parece bien?
—Gracias, pero eso rebasa las obligaciones de un polizón... Loeb soltó una risita.
—Miro también por mi pellejo —contestó—. Habiendo fuego, se pueden emplear las municiones que ahora no sirven.
—Es cierto, no se me había ocurrido. Gracias, señor Loeb. Tome la lanza...
—Llámeme Hart, capitán.
—Tenga cuidado —rogó Laurie, cuando los dos hombres arrancaban ya hacia la masa de verdor que cerraba la pista por aquel lado.
—El silencio impresiona y deprime —dijo Loeb.
—No es agradable, en efecto —convino él—. Pero habremos de acostumbrarnos.
Paso a paso, llegaron al borde de la selva, Shallon se atrevió a entrar en la vegetación. Había muchas ramas secas caídas por el suelo. De pronto, vio algo que llamó su atención.
—Hart, venga.
El polizón acudió corriendo y se acuclilló ante aquella especie de horquilla flexible, hincada en el suelo y que aún conservaba parte de la cuerda que había servido para mantener la tensión. La horquilla medía casi tres metros de altura y resultaba evidente la habilidad con que había sido construida.
—Unos tipos astutos —dijo Loeb, pasados unos momentos— Es el mismo método de la catapulta romana.

—Sólo que aquí lazaron una piedra atada a una cuerda. Construyeron lo menos veinte catapultas y tres o cuatro fueron suficientes para rompernos el tren de aterrizaje. La cuerda, por el otro extremo, estaba atada a la base de la horquilla, como puede apreciar todavía.

—Tipos ingeniosos. Aparte de dejarnos sin avión, ¿por qué cree que lo hicieron?

Shallon se encogió de hombros. No tenía ganas de comentarios sobre algo que todavía no conocía lo suficiente para emitir un juicio definitivo.
—Será mejor que nos demos prisa —dijo.
Empezó a lanzar ramas secas fuera de la vegetación. Ropf se les unió a poco. Luego vinieron Laurie y la doctora. Haggen y las otras dos mujeres continuaban dentro del avión.
Una hora más tarde, habían reunido leña suficiente para alimentar dos hogueras durante toda la noche. Después, sobrevino una corta discusión sobre los turnos de vigilancia. Hagen, sorprendentemente, se ofreció para el primero. Shallon eligió el peor, de doce a cuatro de la madrugada. Loeb le relevaría. Ropf, por sorteo, quedó libre.
La noche cayó bruscamente y el ambiente se pobló de temores.

CAPÍTULO VII

El sol surgió casi de repente. Shallon abrió los ojos y notó una extraña quietud.

Loeb dormía a pocos pasos de distancia. Consultó la hora; aún no eran las siete de la mañana. Laurie estaba en la cabina, con los demás.

Se puso en pie y se pasó una mano por el pelo revuelto. Ropf asomó a los pocos instantes.

—Nada nuevo, ¿eh?

Shallon hizo un gesto con la cabeza,

—Nada, Ewen, Convendría que empezases a preparar el desayuno. Bueno, algo de chocolate en tabletas y un vasito de agua.

—Muy bien.

Ropf entró en la cabina. Laurie salió instantes más tarde, con el pelo revuelto.

—A pesar de todo, he dormido estupendamente —confesó.

—Lo celebro.

Joan Vernon también se hizo visible. Era evidente que había pasado mala noche. Tenía unas ojeras muy acentuadas y había arrugas en su cara sin maquillaje.

—Tengo hambre —declaró agriamente.

—En seguida le daremos agua y chocolate, señora.

—Estire las raciones, capitán —aconsejó Fran, detrás de Joan.

—Sí, doctora.

—Si esto se prolonga, vamos a pasar hambre de veras.

—Pero, ¿es que este estúpido no puede hacer nada? —gritó Joan exasperadamente.

—Usted le contrató para pilotar un avión, no para que le sirviera de comer en la selva —contestó la doctora Gardner. Haggen asomó también.

—Vamos, vamos, señora Vernon, domine sus nervios. Estamos aquí porque usted aseguró que vendrían a recogernos. No se fijó una fecha determinada, pero es de suponer que no podrán tardar ya mucho en aparecer.

—¿Quiénes, profesor? —preguntó Fran. Haggen se encogió de hombros.

—Los amigos del señor Vernon, supongo —repuso. Ropf apareció con el chocolate y la lata del agua.

—Será mejor que despierten al polizón —aconsejó.

—¡No le den comida ni bebida! —chilló Joan.

—Es un ser humano y merece ser tratado como tal, señora —protestó el copiloto.

—Nadie le pidió que viniese aquí, ¿me oye?

—Yo sí, señora, pero el interesado no. Todavía sigue durmiendo, a pesar de sus chillidos —sonrió Ropf.
Shallon frunció el ceño. Loeb continuaba tendido en el suelo. De pronto, se sintió acometido por una extraña aprensión y corrió hacia el sujeto.
—Eh, Hart, despierte... —le zarandeó con fuerza—. Vamos, dormilón.
Loeb contestó con un gemido. Entonces, Shallon reparó en que tenía algo de sangre en un lado de la cabeza.
—Doctora —llamó perentoriamente.
Fran acudió corriendo y se arrodilló junto al polizón. En el mismo instante, Ropf lanzó una exclamación:
—Eh, ¿dónde está la periodista?
—Durmió toda la noche a mi lado —contestó Joan—. Aún debe de estar dormida...
—No, señora, no hay nadie dentro del avión —contradijo Ropf. Repentinamente, se oyó un horrible chillido en el borde de la selva.
Todos los presentes se volvieron hacia el origen del sonido. Un segundo después, algo se elevó en el aire.
Una gigantesca rama de árbol se alzó, tirando de una cuerda de la que pendía un cuerpo humano, que pataleaba frenéticamente. Colgada por el cabello, Myrna Davenport luchaba desesperadamente por su vida.
Joan empezó a lanzar alaridos. Laurie se sintió enferma y tuvo que arrodillarse. Shallon, por su parte, creyó que iba a vomitar.
El único que reaccionó fue Haggen, quien echó a, correr enloquecidamente hacia la selva.
—¡No, malditos, no; a ella no! —gritaba a voz en cuello.
Shallon reaccionó y se lanzó en su persecución.
—Vuélvase, profesor... No corra peligros...
Haggen le había sacado ya mucha ventaja y desapareció al otro lado del espeso muro Verde. Shallon se dio cuenta de que iba desarmado y retrocedió para buscar la lanza.
Inesperadamente, oyó un horrible gorgoteo.
Otra rama se disparó hacia lo alto. Haggen, colgado del cuello, ascendió en un instante, pataleando furiosamente, a la vez que, con las manos, intentaba soltarse el dogal que le ahogaba. Shallon, empavorecido, retrocedió.
Joan se había desmayado. Fran, con el ceño fruncido, contemplaba la macabra escena. Myrna había dejado ya de moverse y sólo era un bulto patético, suspendido de la cuerda, con las manos pendiendo fláccidamente a los costados.
Los movimientos de Haggen cesaron a poco. Unos minutos más tarde, había vuelto el silencio. Dos cuerpos humanos se balanceaban a unos metros del suelo, girando muy despacio a derecha e izquierda,

con lentas alternativas.
Los supervivientes se sentían abrumados, incapaces de reaccionar ante aquel inesperado desastre. De pronto, Shallon adquirió la convicción de que estaban condenados a muerte.
¿Por qué? ¿Quiénes habían dictado aquella injusta sentencia?
—No sé quién lo hizo —dijo Loeb, cuando se hubo rehecho—. Yo me disponía a arreglar un poco la hoguera y sentí un golpe muy fuerte. Eso es todo, capitán.
—¿No vio ni oyó nada más, Hart?
—Puede estar seguro de que no le engaño. ¿O es que piensa que me di yo mismo el golpe?
Fran extendió una mano.
—No le atosigue, Berney —aconsejó—. Ha sufrido una conmoción cerebral y le conviene reposo. Descanse, señor Loeb; no se preocupe de nada más por el momento.

Ropf se acercó en aquel instante.
—Berney, tenemos que hacer algo —dijo—. Es evidente que así no podemos continuar.
—¿Se te ha ocurrido alguna idea, Ewen?
—Viajar a pie hasta San Ramiro...
—Absurdo —dijo Shallon—. Son trescientos cincuenta kilómetros. En el mejor de los casos, y suponiendo, por ejemplo, que no estuvieses en una impenetrable selva virgen, tardarías siete días, a cincuenta kilómetros diarios. Sería un plazo razonable, en otra comarca, pero aquí, ni en un año...
—Creo que se olvidan de las señales de humo —terció Laurie.
—¿Señales de humo? —exclamó el joven—. La leña seca no despide humo apenas.
—Olvida usted que hay asientos en su aparato que ya no volará. Los plásticos despiden humo...
—Y el combustible que ya no usaremos, ¿qué? —exclamó Loeb desde el suelo—. Capitán, ¿no ha leído nunca el *Manual del Perfecto Náufrago?*
Shallon captó la ironía que encerraban aquellas palabras.
—Lo siento. Puedo ser un buen piloto, pero, me temo, un pésimo capitán en tierra. Ewen —se volvió hacia el copiloto—, habrá que buscar algo para sacar un poco de combustible y quemarlo lejos del avión, con un buen montón de leña.
—Capitán, cuando esté mejor le ayudaré a hacer un trabajo poco agradable —dijo Loeb. Shallon volvió la vista hacia los cadáveres que aún pendían macabramente de las ramas. Por el cielo se veían revolotear pájaros de siniestro color negro.
—Sí, lo haremos —contestó.
Joan estaba en el avión. Fran dijo que iba a atenderla.
—Tendré que darle un calmante —manifestó.
—Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que vengan a recogernos —dijo Laurie de pronto.
—Ah, pero, ¿va a venir alguien? —exclamó Ropf sarcásticamente.
—Anda, saca el combustible —pidió Shallon. Ropf se alejó. Laurie miró al joven.
—A veces pienso que debí hacer caso al mensajero... Pero lo que no entiendo es por qué me envió a mí la serpiente y no a la señora Vernon que, a fin de cuentas, es la organizadora de la expedición.
—Hay muchas cosas inexplicables. ¿Por qué Myrna se adentró sola en la selva, apenas amanecido? Si necesitaba ir al lavabo, el del avión, pese a todo, funciona perfectamente. Y, ¿qué me dice de Haggen? ¿Oyó sus gritos? «A ella no, malditos...»
—Lo recuerdo perfectamente —contestó Laurie—. Sí, fue un comportamiento muy extraño.

—Todo lo que está pasando aquí es muy extraño.
Hubo un instante de silencio. De pronto, se oyó la voz del copiloto:
—Eh, Berney, ya tengo el combustible. Trae la leña, ¿quieres?
—Ahora mismo, Ewen. Discúlpeme, Laurie...
—Le ayudaré, Berney —se ofreció la muchacha. Fran apareció en aquel instante.
—He oído hablar de leña —dijo—. ¿Qué debo hacer?

—Cargue con toda la que pueda, doctora. Encenderemos una hoguera a prudente distancia del avión. El combustible despedirá abundante humo negro. Espero que alguien lo vea.
—Lo dice para tranquilizarnos, pero sabe que no es cierto —manifestó Fran—. Estamos en un lugar totalmente alejado de las rutas aéreas, Berney.
—Pero una espesa columna de humo negro puede verse desde un avión a cien kilómetros de distancia, siempre que vuele a unos nueve o diez mil metros de altura — alegó Shallon.
—¡Hum! —La doctora se sentía escéptica—. Quisiera compartir su optimismo y luego, dígame una cosa, muchacho.
—Claro —sonrió Shallon.
Fran hizo un gesto con la cabeza.
—¿Piensa dejarlos ahí para siempre? —señaló a los dos ahorcados. Shallon se frotó la mandíbula.
—Ayer, al atardecer, pudimos recoger leña sin dificultades —contestó —. Hoy, espero, quizá suceda lo mismo; es decir, podremos penetrar en la selva sin peligro.
—¿Quiere decir que los salvajes se marchan antes de que sea de noche? —preguntó Laurie.
—Se me ha ocurrido que tal vez tienen su poblado a cierta distancia y quieren alcanzarlo antes del anochecer. De todos modos, esta tarde podremos comprobar mi teoría. Minutos después, una espesa nube de humo negro subía a gran altura, ligeramente inclinada hacia el Este. Ropf quedó encargado de alimentar la hoguera. Shallon trajo un par de asientos, que ya no utilizarían.
—Cuando sea necesario, arrancaremos el pavimento de plástico de la cabina —dijo—. Pero el humo tiene que durar casi todo el día, ¿entendido?
—De acuerdo, Berney —contestó Ropf.
—Creo que debería hacer algo para ayudar a la señora Vernon —dijo Laurie—. A fin de cuentas, soy su secretaria...
—No se moleste —aconsejó Fran—. Le he dado un sedante y está adormilada. Es mejor que la deje reposar.
—Como diga, doctora.
Laurie lanzó una mirada hacia la selva y se estremeció.
—Me pregunto cuántos ojos estarán espiándonos ahora —murmuró —. Este lugar impresiona y deprime, ¿no es verdad, Berney?
—Sí —convino el joven.
Pero no quiso decir que había cosas que le preocupaban tanto o más como la latente amenaza de los salvajes.
¿A qué había ido Myrna a la selva? ¿Por qué había corrido Haggen tras ella, gritando como un poseso? ¿Cuál era el significado de sus gritos?

Y aún había más cosas incomprensibles. La avería de la radio, por ejemplo; la desaparición del transmisor automático, del equipo de emergencia,.., y la inutilización de las armas del cazador.
¿Quién deseaba su muerte?
Ahora, más que nunca, estaba convencido de que les habían llevado hasta allí para que fuesen muriendo uno a uno. Alguno, sin embargo, debía sobrevivir.
Trató de encontrar al culpable, pero no logró acusar mentalmente a ninguno de los supervivientes. Se sintió muy desazonado y maldijo la hora en que aceptó pilotar el reactor hasta allí. Aun si sobrevivía, sus problemas no habrían hecho más que empezar. Habían perdido el avión más valioso de la flota y tendrían muchos problemas con la compañía de seguros.
Lo mejor era dejar de lado tales problemas y concentrarse en el más importante: sobrevivir.
¿En aquel lugar, rodeados por un mortífero océano de verdor infinito?
Laurie le tocó de pronto el brazo.
—He visto una cara entre la vegetación —susurró.
—Nos vigilan, ¿eh?
—No nos quitan la vista de encima. Pero, ¿por qué no viene nadie a recibirnos? — clamó, al borde de la desesperación.
Shallon cogió una de sus manos y procuró calmarla.
—No tema —dijo—. Tarde o temprano, llegarán.
Pero prefirió callar sus pensamientos nada tranquilizadores. Porque, tal vez, los que tenían que acudir a recibirles, estaban muertos.
Y entonces perecerían allí inexorablemente.

CAPÍTULO VIII

Alrededor de las cinco de la tarde, Shallon se puso en movimiento. La doctora se situó a su lado. Laurie acudió corriendo.

—¿Adónde va, Berney? —preguntó Fran.

—Hay que descolgar esos cuerpos —respondió el joven. Loeb se agregó al grupo instantes más tarde.

—Va a resultar una tarea nada fácil —dijo—. Son dos tumbas las que hemos de cavar.

—Habrá que hacerlo. No podemos permitir que las alimañas devoren sus cuerpos.

—Eso sí es cierto.

Laurie se volvió de pronto.

—¿Dónde está el copiloto?

—Hace un momento, le vi atizando la hoguera. Luego entró en el avión —contestó Shallon—. Pero no se preocupe por él; es joven y muy impresionable.

Momentos después, llegaban al borde de la selva. Shallon apartó unos ramajes con la lanza. No hubo el menor signo de hostilidad.

Loeb le tocó en el hombro.

—Tantee con la lanza —aconsejó—. Podría encontrarse con alguna trampa.

—¿Cree que eso fue lo que les sucedió a ellos?

—Sí, seguro.

—Las trampas de esa clase sujetan el lazo en torno a una pierna y no en el cuello.

—Lo sé, pero puede haber trampas con otro sistema.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

La punta de la lanza tocó el suelo varias veces. No sucedió nada y, al fin, llegaron junto a los árboles de los que continuaban pendiendo los dos cadáveres.

Shallon levantó la vista. Había más cuerdas colgando de la misma rama.

—Creo que sé cómo sucedió —dijo.

—¿Sí? —exclamó Laurie, muy intrigada.

—Las ramas estaban curvadas, sujetas al suelo por cuerdas. El lazo quedaba flojo, pero en manos de alguien, que lo lanzó al cuello de la periodista, cuando ésta pasó por su lado. En el mismo momento, otro hombre cortó la cuerda que mantenía la tensión.

Loeb señaló algo a pocos pasos.

—Como, por ejemplo, en ese otro árbol —indicó.

—Es decir, había trampas para tres, por lo menos.

—Así parece.
El lazo quedaba fláccido en el suelo. La rama se inclinaba hasta unos dos metros escasos, sujeta por una cuerda sólidamente atada a una estaca hincada en el suelo. Loeb se acercó, sacó una navaja y cortó la cuerda.
La rama se distendió, elevando el lazo a unos cuatro o cinco metros del suelo. Laurie sintió un escalofrío.
—Bien, vamos a ver si descolgamos esos cuerpos —dijo Shallon,
Se acercó al primero de los árboles, trepó unos metros, estiró la mano, agarró la cuerda que había mantenido la tensión y luego saltó al vacío. El peso conjunto de su cuerpo y el de Myrna, hizo ceder la rama.
—¡Ahora, Hart!
Loeb cortó la cuerda. El cadáver de la periodista se desplomó pesadamente. Shallon soltó la soga en el mismo instante y la rama recuperó su posición inicial.
Repitieron la operación con el cuerpo del antropólogo. Luego se suscitó una cuestión nada agradable. Había que llevar los cuerpos fuera de la espesura.
—Eso es lo de menos —dijo Loeb—. Lo peor de todo es que no tendremos tiempo de enterrarlos antes de que sea de noche.
Shallon meditó unos instantes. Luego se inclinó y recogió en brazos el cadáver de Haggen.
—Pesa más que el de Myrna —declaró—. Pasarán la noche en la cabina de pilotaje. Cerraré la puerta y así nos evitaremos el espectáculo.
—Es una buena idea —aprobó la doctora.
Joan Vernon se enfureció horriblemente cuando vio a Shallon aparecer con el cadáver del antropólogo en brazos. Lanzó una retahíla de imprecaciones y remató diciendo:
—Si lo mete ahí, yo pasaré la noche al raso.
—Muy bien, señora, nadie se lo impedirá —contestó Shallon sin inmutarse.
Loeb trajo luego el inerte cuerpo de Myrna. Shallon no pudo por menos que advertir la falta de espíritu de su copiloto. Ayudaba, pero sin demasiadas ganas, carente totalmente de un mínimo de entusiasmo.
Más tarde quiso hablar con él, pero Ropf se mostró esquivo y poco deseoso de comunicar sus problemas, si los tenía. A Shallon empezó a preocuparle la actitud del muchacho.
—A ti te pasa algo —contestó Ropf desabridamente.
—Ewen, por favor...
—Déjame en paz de una vez, ¿quieres? Shallon perdió los estribos.
—Confiaba en ti —dijo—. Veo que me equivoqué. Mi socio te admitió

gracias a mí...
—Tu socio y tú podéis iros al diablo —barbotó Ropf.
—Muy bien, lo tendré en cuenta. Y tú también, ten en cuenta esto: en cuanto hayamos sido rescatados, considérate despedido.
—Oh, deja ya de darme la lata. Lárgate, ¿quieres?
Shallon meneó la cabeza. Laurie había presenciado la escena y le miró aprensivamente.
—Es un chico joven —dijo él—. Ha perdido los nervios, eso es todo.
—Este lugar no es el más apropiado para perder los nervios, Berney.
—Lo sé, porque no se puede pedir que todo el mundo tenga el mismo carácter. Laurie, la verdad, yo me siento muy pesimista.
—¿Cree que no nos rescatarán?
—En teoría, deberían haber llegado ya. Pero, ¿qué pasará, si fueron atacados en el viaje desde Faxawatl, dondequiera que esté ese valle?
Laurie sintió un escalofrío.
—Puede haber sucedido, en efecto —murmuró.
—En tal caso, nos íbamos a ver en muchos apuros.
Laurie calló. Las perspectivas no tenían nada de atractivas.

Shallon paseó la vista por los alrededores. ¿Dónde estaba el poblado de los salvajes? ¿Era que no había medio de avisar al mundo exterior de la crítica situación en que se encontraban?
Contempló la pista, suficientemente larga, casi perfectamente lisa. Un trabajo de todos los diablos, pensó, y, además, concienzudamente realizado. ¿Sólo para un aterrizaje y un despegue?
Laurie pareció adivinar sus pensamientos.
—Berney, si la región está poblada por salvajes, ¿cómo pudieron permitir la construcción de la pista? Esto tardó meses enteros y me parece que no valía la pena trabajar tanto para un solo aterrizaje y un solo despegue. El señor Vernon, tuvo que convencer a decenas, si no cientos de indígenas, para la construcción de la pista. ¿No cree que le habría resultado más fácil persuadir a media docena tan sólo, para que le guiasen a través de la selva hasta San Ramiro?
—Precisamente estaba pensando lo mismo —sonrió el joven—. Sin embargo, éste es sólo uno de los muchos misterios con los que tenemos que enfrentarnos y que no sabemos resolver. Por ahora, claro.
Volvió a mirar a todos los lados. En la cabecera de pista, al fondo, creyó ver un trozo de selva notablemente más denso que el resto. Parecía como si allí se ocultase algo..., pero la luz del día decrecía rápidamente y desistió de recorrer los quinientos metros que le separaban del lugar sospechoso.

* * *

La noche transcurrió agónicamente lenta. Cuando el día clareó, Shallon, todavía recostado en una de las butacas, pensó que la humareda hecha el día anterior no había servido para nada. No obstante, volvería a quemar más combustible...
De pronto, se dio cuenta de que había poca gente en la cabina.
Laurie dormía apaciblemente en la butaca contigua. La doctora estaba al otro lado, en una butaca situada a proa. Pero faltaban Joan, Ropf y Loeb.
De pronto, se sintió muy nervioso. Al levantarse, vio que la portezuela del avión estaba abierta.
Otro detalle le hizo sentirse aún más aprensivo. La caja de víveres de emergencia estaba abierta. Faltaban algunas latas y la lata de agua.
Corrió hacia el exterior. A cien pasos, vio dos figuras que parecían discutir violentamente.
—Usted no me lo puede impedir —chilló Joan.
—Señora, no cometa imprudencias...
Joan le respondió con una obscenidad. Mientras corría hacia ellos, Shallon vio que Loeb agarraba el brazo de la mujer.

—Le digo que no debe marcharse, señora.
—Yo sé lo que me hago. Suélteme, hijo de perra; suélteme de una maldita vez o... Atraídas por el griterío, Laurie y Fran habían abandonado también el avión. De repente, Joan lanzó un estridente chillido.

—¡Maldito bastardo!
Algo se agitó en su mano derecha, un objeto negro, brillante.
—Tenía un revólver y se lo guardaba sin decir nada, especie de canalla —gritó Joan descompuestamente.
Loeb se enfureció.
—¡Suéltelo, estúpida! —vociferó Loeb.
Forcejearon un momento. Joan parecía haber perdido la razón. Ropf apareció en aquel momento, saliendo de la selva.
—¡Señora Vernon, vamos de una vez! —gritó. Vio la escena y corrió hacia la pareja—. Suéltela, déjela en paz, maldito entrometido...
Ropf llegaba junto a ellos cuando, de pronto, se disparó el revólver.
La detonación hizo que numerosos pájaros alzaran el vuelo. Ropf se detuvo, con los ojos muy abiertos y la sorpresa pintada en su rostro. Horrorizado, Shallon vio una manchita roja en el centro de su pecho.
—Señora Vernon..., no se ha portado muy bien conmigo... —dijo el copiloto. Dobló las rodillas y cayó de bruces al suelo.
Loeb perdió los estribos y, después de arrebatar el revólver a Joan, la propinó un terrible empellón que la hizo dar varias vueltas sobre sí misma. Fran reaccionó y corrió hacia el herido.
Segundos después, meneó la cabeza.
—Ya no se puede hacer nada por él —declaró.
Shallon apretó los labios. Avanzó unos pasos y tendió la mano.
—Déme el arma, Hart. Loeb retrocedió un paso.
—Ni lo sueñe —contestó—. No estamos a bordo del avión; aquí no tiene usted la menor autoridad.
—Puede que la razón esté de su parte, pero, ¿por qué no se explica? ¿Por qué calló todo este tiempo que tenía un arma?
—No me pareció conveniente —respondió Loeb.
—¿Es la única explicación que puede darnos?
—De momento, la única.
—Le vigilaré, Loeb, le vigilaré —dijo Shallon, conteniendo su furia a duras penas.
—Eso debiera decírselo a la señora Vernon y, si Viviera, también a su copiloto. Querían abandonarnos y yo traté de impedírselo. Mire, aún tiene Ropf la bolsa con las provisiones. Si se acerca a la selva, verá la lata de agua. Se marcharon cuando vieron que todos dormían. Yo me di cuenta, sin embargo, y traté de impedirlo.
—¿Cómo supo ella que usted tenía un revólver?
—En el forcejeo. Lo tocó casualmente; yo lo guardaba aquí...
Loeb enseñó una funda, sujeta al cinturón y situada casi a la espalda.
—Puede que no haya hecho bien ocultando el arma, pero tampoco me arrepiento — añadió—. Y ahora, capitán, ¿por qué no le pregunta a ella qué pensaban hacer al abandonarnos en medio de la selva?
Shallon asintió y se volvió hacia Joan.


—Señora Vernon...

Ella estaba atusándose el cabello y alzó orgullosamente la barbilla.
—No tengo que dar explicaciones de mis actos —contestó.
—Se equivoca, señora —dijo Shallon fríamente—. Tenemos perfecto derecho a conocer sus intenciones. Todos estamos en una situación muy crítica y quizá usted pueda callar determinadas acciones. Pero lo que no puede hacer en modo alguno es dejarnos sin agua ni comida.
—Lo hice, ¿no? —contestó Joan con singular cinismo. Laurie meneó la cabeza.
—Sospecho que me equivoqué al aceptar el empleo que me ofreció usted hace algunos meses —dijo.
—Laurie, está despedida —gritó Joan.
—Muy bien. Eso me releva de toda consideración hacia usted. Y como el capitán y el señor Loeb, pese a lo que pueda usted pensar, son unos caballeros, yo voy a hacer lo que a ellos les impide su dignidad.
Laurie avanzó un par de pasos y, antes de que Joan pudiera adivinar sus propósitos, le asestó un tremendo bofetón.
Joan trastabilló y gritó enloquecida. Quiso arrojarse sobre Laurie, pero la muchacha era más fuerte de lo que aparentaba y volvió a golpearle impunemente. Joan llorando de rabia y de impotencia, con el pelo revuelto y la cara desencajada. Ofrecía un aspecto miserable y Shallon casi sintió pena por ella.
—Bien, será mejor que hagamos algo —dijo, tratando de relajar la tensión—. Hart, mucho me temo que habremos de cavar una tumba para tres.
—Sí, es lo que estoy viendo —convino el polizón con un suspiro.
Shallon miró a su alrededor. Habían partido ocho personas de San Ramiro. Una más se había agregado inesperadamente durante el vuelo. Ya habían muerto cuatro. ¿Cuánto tardarían los demás en seguir a los que ya no sentían nada?
El macizo espeso de la cabecera de pista volvió a llamar su atención. Iría a examinarlo en cuanto hubiesen enterrado los tres cadáveres, se propuso.
Repentinamente, Loeb lanzó una exclamación:
—Eh, ¿qué hace ese tipo allí, en el avión?

CAPÍTULO IX

Debajo del ala izquierda se veía la figura de un hombre. De pronto, Shallon le vio incorporarse y echar a correr hacia el borde opuesto de la pista.

En el mismo instante, brilló una llamita anaranjada.

—¡Ha incendiado el combustible! —gritó Shallon.

Instantáneamente, Loeb se alzó hacia adelante. Shallon contempló la figura que huía, un hombre que parecía fornido, de tez muy oscura, vestido solamente con un exiguo taparrabos. Pero la actitud del polizón le preocupaba mucho más

—¡Hart, vuelva, no sea loco! —vociferó—. Los tanques explotarán de un momento a otro...

Loeb, sin embargo, no le hizo el menor caso y continuó ganando terreno. Shallon vio que la llama aumentaba en intensidad.

Era sólo un manojo de hierba seca, pero demasiado grande para soñar en apagarlo sólo con las manos. Y, sin embargo, eso era lo que pretendía el polizón.

—¡Va a morir abrasado! —chilló Laurie.

Pero, inexplicablemente, Loeb no intentó apagar el fuego. Pasó al otro lado y el fuselaje lo ocultó unos segundos a la vista de los aterrados espectadores.

Luego reapareció, corrió veinte pasos y se tiró al suelo, rodando sobre sí mismo varias veces. En el mismo instante, se produjo la explosión.

El avión quedó envuelto en llamas instantáneamente. Loeb se alejó a gatas de aquel colosal brasero, en el que se consumían dos cuerpos humanos. Luego se puso en pie y corrió dando un gran rodeo.

—¡Echense al suelo! —gritó.

Shallon no se preocupó de los motivos de aquella extraña orden. Agarró a Laurie por la cintura y la hizo tenderse sobre la hierba. Fran les imitó en el acto.

Loeb llegó junto a ellos y se tumbó, casi sin aliento a causa de la carrera.

—La caja de las municiones estaba fuera —explicó—. He podido salvar una caja de cartuchos del calibre treinta y ocho. Ahora, arderán las restantes municiones.

Como eco de sus palabras, un vivo chisporroteo estalló en aquel momento. Las balas repiqueteaban al golpear contra la chapa del fuselaje. Loeb pasó un brazo por la cabeza de Fran.

—No tenga miedo, doctora —murmuró.

Una espesísima humareda negra subía a lo alto. Al cabo de unos minutos, la intensidad de las detonaciones empezó a decrecer.

Shallon alzó la cabeza. Enojado, frunció el ceño.

Joan estaba en pie, contemplando el incendio con una extraña expresión en su rostro. Sonreía, indudablemente.

Parecía como si se sintiese muy satisfecha de ver consumirse los restos del avión. Shallon lanzó un colérico bramido:

—¡Tiéndase en el suelo, maldita sea!

Joan se volvió y le miró despreciativamente.

—Váyase al infierno, capitán.

El joven se enfureció y se puso en pie de un salto.
—No le aguanto más impertinencias, señora —masculló.
Dio un par de pasos y, de repente, sonaron varios estampidos. Giró en redondo y se lanzó al suelo de nuevo.
Súbitamente, se oyó un horroroso alarido.
Laurie gritó también. Shallon se revolvió y contempló una espeluznante escena.
Joan seguía en pie y tenía las manos en el cuello. Un terrible caño de sangre brotaba del lado izquierdo de su garganta. Sus ojos amenazaban con salirse fuera de las órbitas.
Fran se levantó de un salto y, arrojándose sobre ella, la hizo tenderse de espaldas en el suelo. Luego separó sus manos a viva fuerza.
—¡Un imperdible! —gritó—. ¿No hay quien tenga un imperdible?
Con el índice y pulgar de ambas manos, presionaba sobre la herida, tratando de evitar la hemorragia. Laurie, frenética, hurgó en sus bolsillos.
—No tengo nada —gimió.
—Mi botiquín se quedó en el avión —dijo Fran, desesperada. Joan perneaba frenéticamente. Shallon corrió hacia la doctora.
—¿Qué puedo hacer? —preguntó.
Fran se volvió y le miró a un palmo de distancia. Movió la cabeza significativamente. Shallon sintió un escalofrío.
Los dedos de la doctora no ejercían la suficiente presión y la sangre, aunque con menos intensidad, continuaba manando. Los movimientos de Joan eran cada vez más débiles.
Una de las balas, despedidas por el estallido del cartucho, había rasgado la garganta de la señora Vernon. La satisfacción que había sentido al ver que ardía el avión, se había convertido en un terror infinito al darse cuenta de la inminencia de una muerte irremediable.
Al cabo de unos segundos, Joan se quedó quieta. Fran se puso en pie y sacudió las manos, que parecían cubiertas por sendos guantes de color escarlata.
—Lo siento —dijo—. No he podido hacer más. Si hubiese tenido un par de imperdibles...
—Perdóneme, doctora —dijo Shallon—. No es que dude de sus aptitudes y experiencia, pero, aun disponiendo de esos dos imperdibles, luego se habría visto en una situación muy crítica. Joan, sin duda, habría necesitado plasma, una posterior transfusión de sangre...
—También habría hablado, capitán.
Shallon hizo un gesto afirmativo.
—Es cierto, doctora.
—Parecía muy contenta de ver arder el avión —terció Laurie—. Una actitud incomprensible, me parece.

—Eso puede deberse a dos causas —dijo Shallon—. Una, la humareda puede llamar la atención de alguien. Dos, esperaba salvarse y no le importaba nuestra suerte.
—Sí, pero, ¿qué diablos pensaba? ¿Cuáles eran sus motivos? —exclamó Fran. Shallon miró a Loeb. El polizón se encogió de hombros.
—Sólo sé que quería marcharse con el copiloto —dijo—. Y, capitán, aunque le duela admitirlo, sospecho que fue Ropf quien estropeó deliberadamente los dos transmisores de radio. Estaba en la mejor situación para quitar piezas del de la cabina y ninguno de los demás, salvo usted, conocía el lugar donde se guarda el equipo de supervivencia.
—Me cuesta mucho admitir tal cosa del pobre Ewen —contestó Shallon—. Podría ser un muchacho débil, de poca moral, pero no un traidor.
—¿No? ¿Entonces, por qué se marchaba con la señora Vernon, dejándonos sin agua ni víveres?
—Desengáñese, Berney —dijo Laurie—. Tengo la impresión de que Joan le sobornó. No sé cómo, aunque me imagino que con la promesa de una buena gratificación.
—Dinero, claro.
—¿Qué otra cosa podría ser? Ella era rica...
Shallon contempló un instante el rostro de Joan, en el que se advertía la expresión de una frustración infinita. Cualesquiera que hubieran sido sus proyectos, estaba claro que ya no podría verlos convertidos en realidad.
—Bien —dijo al cabo—. Todavía nos quedan algunos víveres...
—Y la lata con agua, que estoy viendo allí —señaló Loeb—. Iré a recogerla. Creo que todos estamos necesitando un poco de comida y un vaso de agua.
Shallon extendió una mano.
—Aguarde —pidió.
Loeb se volvió a medias.
—Diga, capitán.
—Estaba pensando... Usted lo vio como todos. Me refiero al salvaje que encendió el fuego.
—Sí, lo parecía. Muy moreno, casi desnudo, con un simple taparrabos...
—¿Puede un salvaje saber que, encendiendo un manojo de hierba seca, arderá un avión?
—Sí —contestó Laurie.
—¿Por qué lo cree así?
—Alguien se lo indicó.
—Ella tiene razón, capitán —dijo Loeb.
—Estoy de acuerdo con Laurie —declaró Fran.

—De todos modos, no tiene sentido —contestó Shallon—. El avión ya no podía volar en modo alguno. Aunque estuviese a un kilómetro de la factoría que lo construyó, era ya sólo bueno para la chatarra.
—Sí, pero hay algo en lo que nadie ha reparado hasta ahora —dijo Laurie. Los tres supervivientes la contemplaron con interés. Laurie movió la mano.
—El fuselaje era nuestro refugio y nos protegía, al menos contra las armas primitivas de los salvajes. Ahora ya no tenemos esa protección.
—Cierto, pero, por lo menos, disponemos de un revólver y algunos cartuchos, ¿no es cierto, Hart?
—Sí —contestó Loeb—, Bueno, voy a buscar el agua.
Todos le contemplaron expectantemente. Loeb avanzaba, con el revólver a punto, en medio de un silencio absoluto. Llegó junto a la lata y se inclinó para recogerla con la mano izquierda.
Incluso la levantó un poco. Shallon le vio que la soltaba bruscamente.

—¡Hart! —gritó—, ¿Qué sucede?
Loeb empezó a retroceder, sin volverse un solo instante, con la vista pertinazmente fija en la selva. De pronto, algo voló por los aires y se dirigió raudamente hacia el polizón. La lanza se clavó en el suelo, a dos pasos.
Loeb saltó a un lado. Su revólver detonó varias veces.
Una figura morena surgió de la vegetación y se desplomó sobre la hierba. El polizón retrocedió a la carrera.
Jadeaba al reunirse con sus compañeros.
—Está vacía... La perforaron con algún hierro...
Laurie se tapó la cara con las manos. Fran apretó los labios.
—Esto se pone difícil —murmuró—. Claro que tenemos una solución.
—¿Cuál, doctora? —preguntó Shallon.
—Parece comprobado que los salvajes se retiran a media tarde. Entonces, podremos explorar las inmediaciones y seguramente encontraremos frutos comestibles, abundantes en jugos naturales, que servirán tanto para calmar el hambre como la sed.
—Se aprueba la moción —sonrió Loeb—. Esto es lo bueno de contar con un médico en la pandilla.
Fran se ruborizó.
—Pero hasta entonces... Vamos a pasar unos ratos muy malos, a pleno sol, sin protección alguna...
—Sugiero a las damas se aligeren un poco de ropa y cubran su cabeza con algún trozo de tela —dijo Loeb.
—Esperen —exclamó Shallon súbitamente—. Hemos olvidado algo muy importante.
—¿De qué se trata, Berney? —preguntó Laurie.
—Joan y Ropf pensaban abandonarnos. No es una acción lógica, si se tiene en cuenta su absoluto desconocimiento del terreno. Pero aún parece menos lógico, si se tiene en cuenta la dirección que seguían. San Ramiro queda al Este. Ellos marchaban en dirección Noroeste.
Hubo un momento de silencio. Loeb tenía la boca abierta.
—Diablos, es cierto —exclamó al cabo.
—¿Qué esperaban encontrar siguiendo ese rumbo? —preguntó Fran.
—Quizá lo averigüemos si registramos sus ropas —apuntó Laurie tímidamente.
Shallon asintió y se arrodilló junto a la señora Vernon. Joan vestía una camisa con bolsillos y pantalones de tela fuerte. No había nada en la camisa, pero sí encontró un papel doblado en el bolsillo posterior de los pantalones.
—Bueno —dijo—, aquí está el camino que pensaban tomar.
Enseñó el mapa, hecho a mano, con indicaciones escritas en determinados puntos. Era un trayecto qué empezaba en el ángulo inferior derecho del papel y terminaba casi en el extremo opuesto.

—No veo una escala que pueda darnos una idea de las distancias —manifestó Loeb.

—De todos modos, no puede ser una distancia muy grande. Joan y Ropf eran personas que carecían de experiencia en moverse por la selva —contestó Shallon—. Como nosotros, por supuesto.

Laurie señaló el mapa con el índice.

—Pero eso prueba que podían llegar a alguna parte y que no correrían riesgos —dijo.
—Lo cual también se nos puede aplicar a nosotros —intervino Fran.
—¿Usted cree, doctora? —dudó Shallon.
—Bueno, parece sensato...
—No. Ropf había traspasado ya el borde de la pista y nadie le había tocado aún. En cambio, a Loeb le arrojaron una lanza. La cosa varía mucho, doctora.
—Es cierto, pero ahora tenemos un revólver y los salvajes saben que estoy dispuesto a utilizarlo —declaró el aludido.
—Entonces, ¿sugieren que emprendamos la marcha ahora mismo? —preguntó Laurie. Shallon vaciló un instante. Tres pares de ojos estaban fijos en él y se dio cuenta de que
todos esperaban que tomase una decisión, lo que hizo sentirse incómoda. Pero, de pronto, recordó una cosa.
—Aguarden unos minutos, por favor —pidió—. Ayer vi algo que llamó mi atención y no deseo hacer nada, sin haber satisfecho antes mi curiosidad. Hart, ¿quiere acompañarme? Necesito que me cubra con su revólver.
—Con mucho gusto, capitán —accedió el polizón.
—Esperen aquí —dijo Shallon a las dos mujeres.
Y echó a andar resueltamente hacia la cabecera de pista.
Loeb caminaba a su lado. Cien metros más adelante, sucedió algo en cierto modo inesperado.
Hombres morenos, armados con largas lanzas y protegidos con escudos hechos de fuertes fibras, empezaron a salir por los dos lados de la pista, reuniéndose en pocos instantes en una extensa fila que les cerraba el paso por completo.
Luego, más salvajes surgieron de la espesura y sus lanzas formaron dos círculos que envolvieron por completo a las dos parejas de supervivientes.

CAPÍTULO X

Los salvajes trotaban incasablemente. Shallon se preguntó no adónde iban, sino qué harían con ellos.

Habían estimado inútil la resistencia. Loeb podía derribar unos cuantos nativos con su revólver, pero había demasiadas lanzas para intentar siquiera sobrevivir. La rendición había sido un acto obligado por las circunstancias.

Los nativos estaban preparados para ello, evidentemente. En pocos minutos, los cuatro supervivientes fueron acomodados sobre sendas angarillas, a las cuales fueron atados sin demasiados remilgos. Cada angarilla iba a hombros de cuatro nativos, robustos, incansables al parecer, dado que no se habían tomado un momento de respiro desde el momento de iniciar la marcha.

Los demás escoltaban a los prisioneros, formando una doble fila de lanzas a ambos lados de la procesión de angarillas. Shallon elevó la cabeza unos instantes y pudo darse cuenta de que, salvada la primera barrera de vegetación, estaban viajando a lo largo de un sendero perfectamente transitable.

Miró un instante al so!, apenas visible entre la frondosidad de los árboles. No cabía ya duda alguna; estaban siguiendo el mismo trayecto señalado en el mapa de Joan Vernon. La duda estribaba en el tiempo que tardarían en llegar al final del viaje.

Y en lo que les iba a suceder después.

¿Les sacrificarían a alguna deidad cruel y sanguinaria?

¿Conservaban aquellos nativos todavía viejos hábitos de canibalismo?

Haciendo otro esfuerzo, levantó un poco la muñeca izquierda. Llevaban apenas treinta minutos de viaje por un terreno que no ofrecía dificultades. Habrían recorrido unos cuatro kilómetros, con aquel ritmo que no decaía un sólo instante. La selva, impenetrable, no permitía ver más allá de los primeros nativos que encabezaban la comitiva.

Y, repentinamente, el terreno empezó a descender.

Shallon divisó un amplio valle, de forma aproximadamente circular, con numerosas viviendas que parecían de piedra, pero casi completamente cubiertas por hierbas trepadoras, lo cual, se dijo, impediría su eventual localización desde un aeroplano. Vio también, al otro lado del poblado, una extraña construcción de la que se desprendían tenues vapores. Tenía forma de pirámide truncada y, como los demás edificios, estaba cubierta por las plantas.

El sendero serpenteaba ahora por la ladera, no demasiado pronunciada sin embargo. Cinco minutos más tarde, llegaron al fondo del valle.

Sin detenerse un instante, los nativos les condujeron a una casa situada no lejos de la construcción elevada. Las angarillas fueron

puestas en el suelo y les desataron. Luego, sin contemplaciones, les empujaron violentamente hacia la puerta. Laurie rodó por tierra y gritó. Fran se inclinó para ayudarla a levantarse.
Una puerta de madera, que giraba sobre goznes de grueso cuero, se cerró con sonoro estrépito. La oscuridad cayó sobre los prisioneros.

* * *

Pocos momentos más tarde, Shallon, mientras se frotaba las muñecas, aún doloridas por el roce de las cuerdas, advirtió que no había una oscuridad total. La casa, más bien un cubículo, era de paredes de piedra oscura, seguramente volcánica, completamente desnudas y sin nada parecido a un mueble en el que poder reposar unos momentos. Había dos diminutos ventanucos, poco más anchos que el grueso de un brazo humano y, aunque estaban casi cubiertos por plantas trepadoras, permitían sin embargo la entrada de un poco de luz a aquel tétrico calabozo.

Laurie estaba sentada en el suelo. Shallon se acercó a ella.

—¿Cómo te sientes?

—De momento, estoy viva.

—No es poco —dijo Loeb.

—El porvenir, sin embargo, me inquieta —manifestó la doctora—. ¿Qué pensarán hacer con nosotros?

—Tal vez sacrificarnos en alguna fiesta ritual a su deidad desconocida —apuntó Shallon.

—No sea pesimista, capitán —gruñó Loeb.

Shallon se acercó a uno de los ventanucos. Podía alcanzar las plantas exteriores y las apartó con una mano.

—Mire aquel edificio —dijo—. Es una pirámide truncada, posiblemente, el altar de los sacrificios... humanos, cuando se dispone de prisioneros.

—Son ritos precolombinos —rezongó el polizón.

—¿Cree que han oído hablar aquí de Colón y de Hernán Cortés?

—No sea sarcástico, diablos. A estas alturas, no van a arrancarnos el corazón en vivo, capitán.

—Ruegue para que no sea así —dijo Laurie—. Me disgusta confesarlo y, además, tengo mucho miedo, pero estoy de acuerdo con Berney.

—Quizá sea eso lo que pretendan, en efecto —habló Fran—. Pero, en todo caso, ¿por qué no aparecen los que debieran haber salido a recibirnos?

—¿Vernon y su secretario? —dijo Shallon.

—¿Hay otros, capitán?

Shallon se apartó del ventanuco.

—Joan había persuadido a Ropf para llegar hasta aquí, no cabía duda alguna —dijo pensativamente—. Pero, ¿qué pretendía hacer? ¿Por qué llevarse precisamente a mi copiloto?

—¿Sabía volar? —preguntó Loeb.

—Hombre, qué cosas tiene... No llevaba tanto tiempo como yo, pero era un buen piloto.

—Quizá eso lo explique, capitán.

—No, no lo explica, porque, ¿qué habría hecho Ropf sin un avión?

—Deberíamos aclarar algunas cosas —sugirió Laurie—. Empezando

por el viaje de rescate.
—Tú me contrataste...
—Sí, pero he recordado algunos detalles. Primero, Joan dijo que iríamos solamente los indispensables: los dos pilotos, ella y yo. Sin embargo, luego se agregaron cuatro personas más, empezando por la doctora.
—Joan me llamó por teléfono. Nos entrevistamos después. Ella temía que su esposo padeciese alguna enfermedad tropical —explicó Fran.
—Muy bien. Después tenemos al cazador...
—Protección contra los salvajes —dijo Laurie.
—No nos protegió en absoluto —observó Loeb cáusticamente.
—Y, finalmente, otro antropólogo, que no tenía nada que hacer, puesto que Vernon lo es también, más la periodista.
—Presumo que Joan tenía ansias de notoriedad —opinó Fran—, Le hubiese gustado aparecer como la heroína que rescata a su esposo, después de cinco años de cautiverio entre los salvajes. Myrna servía muy bien para ello.
—¿Y Haggen? ¿Tenía algún objeto su presencia en la expedición, si había un científico de su especialidad en este valle?
—Tal vez Vernon necesitaba una comprobación objetiva e imparcial de sus descubrimientos —supuso Shallon.
—Probablemente —convino la doctora.
—Hay algo extraño, sin embargo —siguió Laurie sus reflexiones en voz alta—. Haggen corrió desesperado cuando vio a Myrna colgando de la soga. Gritaba que a ella no... ¿Por qué?
—Eran amantes —dijo Loeb.
Shallon se volvió hacia el polizón.
—¿Cómo lo sabe, Hart? Loeb sonrió sibilinamente.
—Lo sé —contestó, enigmático.
—Y Cattush, ¿con quién pasó la noche que precedió a nuestra partida? —preguntó
Shallon maliciosamente.
—Con Joan.
La respuesta era de Fran. Shallon alzó las cejas.
—Le vi entrar en su dormitorio, poco antes de media noche —declaró la doctora—. No le espiaba pero, recuerden, no había baños individuales en el hotel. Yo abría la puerta del baño, cuando él entraba en la habitación de Joan. Por supuesto, no me vio, ni me pareció necesario comentarlo, hasta ahora, que ha surgido en la conversación.
—¿Para qué fue allí Cattush? —murmuró Laurie. Loeb soltó una risita.
La muchacha se ruborizó.
—Oh, ya me imagino lo que buscaba —agregó—. Pero tengo la sensación de que no fue sólo para pasar la noche placenteramente

con la señora Vernon.
—Si discutieron algo de importancia, ya no lo sabremos —contestó Shallon.
—Creo que tampoco importa demasiado —suspiró Fran—. Es mucho más interesante saber qué nos va a suceder a nosotros.
La puerta se abrió de golpe. Un nativo entró con una gran vasija de barro, la dejó en el suelo y se retiró sin pronunciar una sola palabra.
—¡Hombre, agua! —exclamó Shallon jubilosamente.
—Quieto, Berney —dijo Fran.
La doctora avanzó unos pasos, se arrodilló, olfateó la boca del cántaro y luego se incorporó.
—Barney, écheme unas gotas de agua —ordenó, a la vez que ponía una mano en el cuenco.
Shallon obedeció. Fran se mojó la punta de la lengua, tomó un pequeño sorbo a continuación y, finalmente, hizo un gesto afirmativo.
—Agua —corroboró—. Podemos beber tranquilamente. —Ya era hora; estaba muerta de sed —exclamó Laurie. Mientras la muchacha bebía, Shallon se encaró con Fran. —Doctora, ¿temía que nos hubiesen puesto una droga en el agua? —inquirió.
Ella le miró penetrantemente.
—No se fíe en absoluto de lo que le pueden dar los indígenas —contestó.

* * *

El día transcurrió lentamente. Hacia las cinco de la tarde, la puerta volvió a abrirse. Un nativo entró con una bandeja hecha de hojas de palma en la que se veía unos trozos de carne asada.
Después del examen de la doctora, saciaron su apetito. Al terminar, Loeb se sentó en un rincón, acariciándose el estómago.
—Esto ya es otra cosa. Ahora puedo mirar la vida con mayor optimismo.
—No cante victoria todavía. Le quitaron el revólver —dijo Shallon.
Loeb sonrió. Se subió la pernera del pantalón y enseñó una pistolita plana, de pequeñas dimensiones.
—Calibre veintidós y seis tiros —dijo—. Utilísima en ciertos casos. Shallon se acuclilló frente al individuo.
—Hart, usted es un pozo de sorpresas. Sabe demasiadas cosas, que no tendrían por qué ser conocidas de un vulgar sujeto que se moría de hambre en San Ramiro. ¿Tiene alguna explicación este enigma?
Loeb continuaba sonriendo. De pronto, se aflojó el cinturón. La costura de la cintura del pantalón parecía anormalmente ancha. Después tiró de un ligero pico de la tela y despegó un trozo de unos doce o quince centímetros de largo, por siete u ocho de ancho. Una pequeña

billetera de piel quedó a la vista. Loeb la desplegó.
—¡Vaya! —se pasmó Laurie—. Un federal...
—¿F.B.I.? —dijo Fran, asombrada.
—En efecto. —Loeb volvió a guardar su documento de identidad, con la placa, en aquel compartimento secreto—. ¿Puedo solicitar su discreción acerca de mi verdadera personalidad? —añadió.
—Depende —contestó Shallon.
—¿De qué, capitán?
—¿Qué busca en estos remotos parajes, en este valle perdido desde la noche de los tiempos?
—En líneas generales, contrabando. Dar detalles resultaría prematuro aún. Pero han de tener en cuenta que mi misión era meramente informativa. Carezco de autoridad alguna para arrestar a nadie.
—Es decir, busca la fuente del contrabando —adivinó Shallon.
—¿Objetos de arte rhimecas? —preguntó Laurie. Loeb volvió a sonreír maliciosamente.

—Lo siento —eludió una respuesta concreta.
—Bueno, no importa demasiado —dijo la doctora—. Hart, es usted un tipo que me ha caído simpático.
—Digo lo mismo, doctora. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que se podría hacer la cirugía estética y que su aspecto ganaría enormemente en tal caso? Fran se sofocó.
—Nunca me he preocupado...
—Esa nariz es horrible. Hoy día, los cirujanos plásticos hacen maravillas. En cuanto a las canas...
—A los treinta años ya las tenía. Tengo cierta tendencia a la decoloración del cabello...
—Se puede corregir, poniéndose en manos de un buen peluquero y cuidándose un poco más del pelo.
Shallon emitió un bufido.
—Es increíble. Estamos en peligro de perder la vista y aquí, estos dos tórtolos, arrullándose tontamente...
Laurie tiró de su brazo.
—Déjalos. Lo pasan muy bien —sonrió.
—Sí, iodo lo mal que lo estamos pasando nosotros.
—Por ahora, estamos vivos.
Shallon se volvió, Fran miraba embobada al federal.
—Se lo está comiendo con los ojos —murmuró, en cierto, modo divertido por la nueva situación—. Pero es cierto, estamos vivos...
En aquel instante se abrió la puerta de golpe. Un hombre blanco apareció en el umbral. Sonreía de un modo especial.
—¿Se encuentran bien, señoras y caballeros? —preguntó.
—Por lo menos, con vida, señor Gómez —contestó Shallon.

CAPÍTULO XI

El hombre se sobresaltó.
—Me parece que no he oído bien —dijo.
—Ha oído perfectamente, Russell Menefee —aseguró el joven—. En San Ramiro, se hace pasar por «señor Gómez». Supongo que es por su perfecto dominio del español. También es algo moreno, de ojos y pelo negros...
—¿Quién le dijo eso?
—Adela, una de las camareras. Le pregunté por un hombre de sus características. Ella me dijo que lo conocía, que lo veía a veces en el pueblo y que se apellidaba Gómez.
—Berney, tú no le conocías —exclamó Laurie—. Yo tampoco, claro, pero...
—El día que llegamos a San Ramiro, hablé con la señora Vernon. Le pedí la descripción de su esposo y de su secretario. Joan no tuvo inconveniente en contestar a mis preguntas —explicó Shallon.
Menefee entornó los ojos.
—De todos modos, aquí veo personas que no deberían estar —dijo.
—Haré las presentaciones —contestó el joven—. La doctora Gardner, la señorita Sullivan y el señor Loeb. ¿Satisfecho, Russell?
Menefee frunció el ceño.
—¿Qué hace aquí la doctora? —preguntó.
—Joan Vernon me convenció de que viniese. Soy especialista en enfermedades tropicales —declaró la aludida—. Ella temía que su esposo padeciese alguna dolencia extraña...
—Está en perfectas condiciones. ¿Esa chica?
—Yo era la secretaria de la señora Vernon —dijo Laurie.
—En cuanto a mí, soy un polizón que se equivocó. Pensaba que el avión de la señora Vernon volvía a los Estados Unidos y ya ve, me encuentro aquí —dijo Loeb jovialmente.
—Y, para finalizar, soy el piloto del avión que unos amigos suyos destrozaron primero e incendiaron después —dijo Shallon, furioso.
Menefee sonrió.
—Todo estaba perfectamente planeado, aunque el insensato comportamiento de la señora Vernon estuvo a punto de echarlo a perder —declaró.
—¿Qué quiere decir con eso? —exclamó Fran.
—Es bien sencillo: planearon matar a todos, menos a uno —dijo Shallon.
—Excepto dos —corrigió Menefee—. Usted, el piloto, y la señorita Sullivan.
—¿Por qué yo? —preguntó Laurie.
—La señora Vernon debía venir sola, con su piloto. No necesitábamos

más testigos. Pero le pareció que hacer un viaje en secreto, con absoluta discreción, contradecía las normas de autobombo y publicidad que siempre guiaron su disparatado temperamento. No, no podía venir sola; tenía que traer un cazador, para protegerles de los terribles salvajes; y una periodista, para que publicase grandes reportajes sobre el rescate de su esposo, y otro antropólogo, para que corroborase las historias sobre Faxawatl... Sólo le faltó traerse una emisora completa de televisión —dijo Menefee rabiosamente.
—Si a usted le interesa el secreto, es porque tiene algo que ocultar —dijo Fran cortante.

—A estas alturas, sería tonto negarlo —contestó Menefee, cínico.
—Y por eso fueron asesinando a la gente, uno por uno —exclamó Shallon.
—Eliminamos a los que estorbaban.
—Cattush en primer lugar.
—Era el más peligroso.
—Había dejado de serlo, cuando alguien cortó los percutores de sus armas. ¿Usted?
—No. Su copiloto. Shallon arqueó las cejas.
—Me cuesta de creer —declaró.
—Vio cómo intentaba huir con la señora Vernon, me parece.
—¿Sabía Ropf que nos iba a destrozar el tren de aterrizaje?
—No, claro que no. Era una sorpresa que les teníamos preparada.
—Myrna Davenport y Haggen murieron horriblemente...
—Estorbaban. Como Ropf y, bien mirado, como Joan Vernon.
Laurie se sentía asqueada. Jamás había visto un cinismo semejante. A Menefee no le importaban en absoluto las vidas de sus semejantes.
—¿Quién me envió la serpiente? —preguntó.
—Yo —contestó Menefee—. Usted, por delegación, era la organizadora del viaje. Aún tardarían días en alzar el vuelo. Incidentalmente, la serpiente era inofensiva. Sólo quería que se amedrentase y lo comunicase a los demás. Joan, por supuesto, no desistiría.
—¿Quiere eso decir que estuvo en Miami en aquella época? —se asombró Shallon.
—Sí, claro, aunque regresé mucho antes.
—Pero de aquí a San Ramiro hay cientos de kilómetros...
—Amigo mío, los nativos conocen senderos que permiten avanzar con gran rapidez. Además, hay ríos, en los que tenemos apostados relevos de canoas. Eso, en los primeros tiempos, claro. Ahora disfrutamos de las ventajas de la aviación.
—No veo las ventajas por ninguna parte, si mi avión ha sido destruido —alegó Shallon. Laurie alargó una mano.
—Espera, Berney —dijo—. Menefee no ha podido llegar aquí tan rápidamente, ni con buenos senderos ni relevos de canoas. Nos ha precedido en muy pocos días y eso tiene una explicación.
—Un aeroplano —adivinó Fran.
—Me niego a contestar sobre ese tema —dijo Menefee—. Lo único que deben saber es que dos de ustedes estorban. Y si la señorita Sullivan puede salvar la vida, se debe únicamente al infortunado fallecimiento de Joan Vernon.
—Es decir, yo también debería haber muerto —dijo Laurie.
—Ha sido una mujer de suerte. Salvará la vida, no tema.
—Eso quiere decir que el señor Loeb y yo hemos de morir —dijo Fran.

—Lo lamento, pero no puede ser de otro modo.
Shallon apretó los puños. Menefee le miró glacialmente.
—No intente atacarme; los rhimecas le acribillarían con sus lanzas —advirtió. Loeb agitó una mano.
—Amigo mío, por mera curiosidad... Si no quiere, no me conteste, claro, pero, ¿qué genero de muerte nos ha destinado a la doctora y a mí? ¿Cuándo, por favor?

—Mañana. Vernon y yo podremos marcharnos. Con el señor Shallon, por supuesto.
—Tienen un avión escondido en alguna parte —dijo—. Esa pista no fue construida solamente para el tuyo.
—Ahora voy entendiendo muchas cosas —manifestó Shallon—. Russell, deben existir, sin duda, motivos poderosos para que actúe de esta forma.
—Existen, puede estar seguro de ello. Mañana, créame, habremos corregido el estúpido error de la señora Vernon, que debía volar aquí solamente con un piloto.
—Es decir, ella lo sabía...
—Sí.
Shallon sacó unos papeles del bolsillo.
—Usted escribió la nota que puso en la caja de la serpiente y el mensaje que recibió la señora Vernon.
—Lo admito —contestó Menefee.
—Gracias, eso es todo. Menefee se retiró.
—Vendré a buscarles al amanecer —se despidió.

* * *

—Hart, debería haber sacado la pistola... —dijo Laurie, furiosa.
—Hay cientos de nativos ahí afuera. Habría resultado un gesto perfectamente inútil —respondió el federal.
—Nos van a matar —se encolerizó Fran—. ¿Habráse visto mayor desvergüenza?
—Calma —recomendó Shallon—. Por el momento, no ha sucedido nada. Además, tenemos posibilidades. Hay un avión en alguna parte.
—Sí, pero, ¿dónde? —preguntó Laurie.
Shallon recordó algo que había visto junto a la pista de aterrizaje.
—Menefee no sabe pilotar. Tuvo que emplear a alguien. Pero me quiere vivo a mí. Eso significa que en alguna parte hay el cadáver de un piloto.
—¿Otro asesinato? —se espantó Fran.
—Posiblemente, el otro piloto se enteró del asunto del contrabando y quiso sacar una mayor tajada. Menefee le diría que sí, por el momento, hasta que vio el asunto a punto de terminar. Lo mató, enterró el cuerpo en algún lugar de la selva y ahora espera que yo les lleve hasta San Ramiro.
—¿Y por qué no emplear los senderos y las canoas? —dijo Laurie.
—Seguramente, actúan a espaldas de los nativos. Además, Vernon lleva aquí cinco años cautivo. No querrán dejarle marchar y llegar rápidamente al avión y escapar antes de que puedan impedirlo es el mejor modo de solucionar el problema.

—De todos modos, hay otro problema más acuciante. Menefee nos ha anunciado a Fran y a mí que nos matarán mañana —dijo Loeb—, ¿Cómo podremos evitarlo?
Shallon se acercó al ventanuco. El sol se ponía ya. ¿Debían intentar la huida por la noche?, se preguntó.
Al cabo de unos momentos, fue a la puerta y la abrió. Retrocedió en el acto. Un espeso círculo de lanzas se tendió hacia él, cortándole el paso.
—Camino prohibido —dijo, a la vez que cerraba.

* * *

Fue una noche angustiosa, terrible. Ninguno de los cautivos pudo pegar ojo apenas. En un par de ocasiones, Shallon y Loeb abrieron la puerta, pero los centinelas se mostraban inflexibles. Cada vez que lo hacían, veinte lanzas les apuntaban hostilmente.
Además, sentían los efectos del hambre. Sólo habían podido saciar la sed, pero nadie les había traído comida después de aquellos trozos de carne asada. Llegó el nuevo día. Cuando menos lo esperaban, se abrió la puerta.
Un hombre alto, de pelo rubio, con frondosa barba, apareció en el umbral.
—Soy Vernon —dijo.
Traía en la mano una túnica blanca y se la arrojó a la muchacha.
—Póngasela —ordenó.
—¿Por qué? —preguntó Laurie, asombrada.
—Se lo diré claramente. Llevo aquí cinco años. Estoy más que harto de vivir entre estos salvajes. No me dejan marchar, ¿sabe?
—Por eso son salvajes. Las personas civilizadas le habrían echado de aquí hace mucho tiempo —dijo Loeb cáusticamente.
—Tuve que recurrir a un truco. Les anuncié la llegada de su diosa, Entonces, me permitirán abandonar el valle. Lo siento por usted, muchacha, pero no me queda otra elección. Además, dirigirá el sacrificio de las víctimas.
—Nosotros dos —dijo Fran. Vernon se encogió de hombros.
—Es un intercambio —contestó.
—Señor Vernon, ¿sabe que su esposa murió? —dijo Shallon.
—Ya no me importa nada. Sólo quiero marcharme de este maldito valle, aunque para ello tenga que exterminar a la mitad de la población —contestó el hombre exasperadamente—. Oiga, muchacha, usted se quedará aquí y los nativos la respetarán como una diosa. Hay algunos muy apuestos; podrá, incluso, elegir un esposo. O diez, si le parece. Pero no se vive tan mal, puedo asegurárselo.
—Entonces, ¿por qué no se queda? —dijo Laurie agudamente.

Vernon pareció ponerse nervioso.
—Ya he dicho antes que estoy harto de este maldito valle. Prepárense, la ceremonia empezará dentro de unos minutos.
El hombre se marchó. Laurie, con la túnica en las manos, vaciló.
—¿Y ahora, qué hago?
—Póngasela —aconsejó Loeb.
—Si te consideran como su diosa, podrás salvar las vidas de Fran y Hart —dijo Shallon. Laurie asintió. Pasó la cabeza por el agujero abierto en la parte superior y luego sacó las manos por las mangas, grandes, muy holgadas.
—Suéltate el pelo —indicó el joven.

La puerta se abrió de nuevo. Un nativo entró con una bandeja, en la que había un cuenco lleno de una sopa espesa, oscura, y cuatro tazones. Dejó la bandeja en el suelo y se retiró.
—Hombre, comida —dijo Loeb.
Fran se inclinó. Pasó la yema del índice por la sopa y probó un poco.
Inmediatamente, escupió con fuerza. Fue al cántaro, se llenó la boca de agua, se enjaguó varias veces y volvió a escupir.
—No la prueben. Tiene alucinógenos.
—Demonios —se espantó Shallon.
—¿No quieren que pasemos miedo durante la ceremonia, ¿verdad? —sonrió Loeb. Shallon miró a través de uno de los huecos.
—Empiezan a congregarse —dijo— Y todos parecen drogados...
—Entonces, cuando salgamos, aparentaremos estar drogados también —recomendó la doctora.
—Berney, si las ve venir mal dadas, use mi pistola —dijo Loeb.
—O. K, Hart.
Repentinamente, se produjo un gran estruendo.

CAPÍTULO XII

Eran varias decenas de gigantescos tambores, ocultos en alguna parte, cuyos mazos batían los parches sin cesar. Los prisioneros, por parejas, caminaban entre dos filas de nativos, que parecían estar en trance. Tenían los ojos muy abiertos y se comportaban mecánicamente, como estatuas animadas de un mínimo de vida.

La pirámide se acercó. Shallon vio unas escaleras. Subieron lentamente. Había una especie de altar, sobre el que se veía un gran cuchillo de obsidiana. Al llegar a aquella plataforma, retrocedió.

En el centro había un enorme agujero, del que salían vapores constantemente. Al asomarse, vio abajo, a enorme profundidad, un líquido rojo que hervía sin cesar, con sordos gorgoteos. Una especie de volcán domesticado, pensó.

De pronto, varios hombres, con enormes máscaras de metal dorado, surgieron del otro lado de la pirámide. Uno de ellos se acercó a Laurie.

—Clávele el cuchillo cuando se lo indique —dijo.

—¿A quién?

—A los dos, sucesivamente, claro —contestó Menefee.

Otro enmascarado se adelantó y empezó a pronunciar un discurso en un extraño e ininteligible lenguaje. Shallon reconoció la voz de Vernon. El hombre tenía los brazos extendidos. Menefee añadió:

—Cuando los baje y señale a uno de los dos. Piense que usted puede vivir. Ellos están drogados, no sentirán nada.

Laurie no contestó, poseída por una infinita repulsión hacia aquel sujeto, que no vacilaba en matar con tal de conseguir sus turbios propósitos. Procuró dominarse, a fin de que Menefee no se diese cuenta de que no había ingerido un solo gramo de la droga.

Los nativos escuchaban en medio de un profundo silencio. Súbitamente, Vernon bajó el brazo derecho y señaló a Loeb.

Otro enmascarado puso el cuchillo en manos de la muchacha. Loeb, sujeto por varios nativos, fue colocado encima de la piedra del sacrificio.

Vernon lanzó un poderoso grito:

—¡Ahora!

Laurie cambió una mirada con Shallon primero y luego con Loeb. El federal estaba sujeto por media docena de manos.

—Descargue el golpe —gritó Vernon.

Laurie avanzó un paso. De súbito, golpeó varias manos, en rápida sucesión, empleando todas sus fuerzas. El filo de obsidiana hizo saltar la sangre.

Loeb sacudió las piernas. Uno de los nativos rebotó y cayó al pozo, con un alarido estremecedor.

Saltó al suelo. Cuando puso los pies en las losas del pavimento, ya

tenía la pistola en la mano.
Dos enmascarados corrieron hacia él. Loeb los derribó a tiros.
Vernon, enloquecido por la furia, se arrojó sobre la muchacha. Shallon saltó como un tigre y le cortó el paso. Disparó el puño derecho con todas sus fuerzas. Vernon salió despedido con indescriptible violencia. Retrocedió varios pasos y perdió el equilibrio al borde del pozo. Braceó frenéticamente, pero el alarido se perdió en el tumulto.
Un enmascarado intentó atacar a Fran. La doctora le quitó la máscara de metal y se la estrelló en el rostro. Loeb derribó a otro nativo con su tercer proyectil.
De pronto, Shallon se percató de un extraño detalle.
La gente se agolpaba al pie de la pirámide, pero nadie decía nada ni se oía ninguna voz. El joven dedujo que sólo la masa había ingerido la droga. Los que habían asistido al sacrificio estaban en condiciones normales.
Pero habían huido y Menefee con ellos. Sólo podían hacer una cosa.
—¡Vámonos!
El cuchillo de obsidiana pasó a su poder. Agarrando a Laurie con la otra mano, inició el descenso de la escalinata. Loeb iba detrás de él, con la pistola a punto. Fran llevaba la máscara, de contornos redondos, semejante a un plato gigantesco. Había destrozado una cara humana y podía ser un arma formidable.
Los nativos les abrieron paso en ancha calle. Shallon observó algunos de los rostros. Los ojos carecían de expresión.
—Parecen muertos en vida —murmuró.
Atravesaron el pueblo y alcanzaron el sendero. En el valle no se percibía aún el menor sonido.
—¿Por qué no reaccionan? —se asombró la doctora.
—La droga —contestó Shallon—. Los que no la habían tomado, están fuera de combate.
De repente, oyeron unos agudos gritos.
Shallon se volvió. Un hombre se movía entre los nativos, gritando como un poseído, sacudiéndoles con violencia, increpándoles a voz en cuello. Pero no perecía conseguir resultados.
—Será mejor que nos demos prisa —dijo—. Tarde o temprano, Menefee conseguirá que algunos se despejen y los lanzará en nuestra persecución. ¡Vamos, a correr todos!

* * *

El avión estaba allí, en el sitio que se le había antojado sospechoso. Ayudado por los otros tres, Shallon empezó a quitar de la cubierta los ramajes que ocultaban el aparato por completo. Casi gritó de satisfacción al verlo totalmente libre.

Era una avioneta monomotor, de cuatro plazas y ala alta. Suficiente para trayectos cortos, pero San Ramiro caía holgadamente su radio de acción.
—Vamos, vamos, arriba todos —dijo.
Ocupó el puesto del piloto y dio el contacto. Los instrumentos funcionaban correctamente. El indicador de gasolina marcaba casi tres cuartos de los tanques.
Accionó el arranque. La hélice dio un par de vueltas, se paró, los cilindros tosieron y escupieron humo azul. Luego, de pronto, el motor empezó a funcionar satisfactoriamente.
De pronto, Loeb lanzó un grito.
—Eh, ¿qué diablos es esto que hay aquí?

Detrás de los dos asientos posteriores, había una enorme caja de madera, semejante a un baúl. La tapa estaba sujeta por unas presillas, que soltó fácilmente. La levantó y los ojos se le salieron de las órbitas.
—Dios mío, qué tesoro...
Fran se volvió y sintió que se quedaba sin aliento. El avión empezaba ya a rodar.
—Pesa demasiado —gruñó Shallon.
Avanzó el mando de gas. Las revoluciones aumentaron. Las ruedas empezaron a girar en el suelo.
Repentinamente, Laurie lanzó un chillido.
—¡Berney, mira! ¡Viene Menefee, con los nativos...!
Un grupo de hombres asomaba por el punto en donde terminaba el sendero. Shallon apretó los labios. Si les tiraban piedras...
El avión aumentó la velocidad. Shallon dio gas a fondo.
La cola se levantó, pero más tarde de lo que correspondía.
—Me voy a comer la pista —masculló.
Menefee se plantó delante del aparato y empezó a disparar un revólver. Tiraba bajo, a los neumáticos. Pero cuando vio que el avión se le venía encima se lanzó al suelo. Los nativos, asustados, se dispersaron, sin acordarse siquiera de que tenían lanzas.
El final de la pista se acercó rápidamente. Laurie contuvo el aliento.
—Vamos, levántate —dijo, como si el avión fuese un ser vivo.
Pero la pista se acabó y el aparato no había alzado aún el vuelo. Shallon avanzó a fondo la manecilla de gas.
El monoplano descendió, con el motor rugiendo al máximo de revoluciones. El fondo de la vaguada se acercó rápidamente.
Shallon acercó la palanca a su pecho. El avión respondió a ¡os mandos y alzó el morro.
—Por fin —dijo—. Creí que no lo iba a conseguir... Pero, ¿qué diablos llevamos que pesa tanto?
—Un cuarto de tonelada de objetos artísticos de oro macizo —contestó Loeb.
—Lo han reunido durante años, ¿eh?
—Eso parece. Y es lo que yo perseguía, porque, para financiar sus actividades, tenían que vender algunas piezas de cuando en cuando.
—Una fortunita, ¿eh?
—Un montón de millones. Hay para comprar medio país árabe petrolero, no le digo más.
—Caramba, sí que consiguieron oro.
Shallon hizo virar al avión. Enfiló la pista, para dar una pasada a regular altura. Desde la cabina, vio a los nativos, que rodeaban a Menefee. Contemplaban el avión que se alejaba irremisiblemente.
De súbito, se oyó un tremendo chasquido.

El avión saltó hacia arriba. Shallon tuvo que luchar con los mandos para mantener el control.

—¿Qué ha pasado? —aulló.

—El tesoro. Se ha ido al diablo —contestó Loeb.

Un cuarto de tonelada de oro, encerrado en una caja, descendió con indescriptible

velocidad, hacia el suelo, a menos de cien metros de distancia. Sacando medio cuerpo fuera del respaldo de su asiento, Loeb contempló el terrorífico descenso de la caja. Menefee también la vio caer, pero sus movimientos resultaron demasiado torpes. La caja descendió dando vueltas, esparciendo por todas partes chispas amarillas. La mayor parte del oro contenido seguía aún en su interior cuando la caja golpeó de lleno el rostro del sujeto. Entonces, se produjo un estallido de oro y sangre. Y, en una fracción infinitesimal de tiempo, Menefee supo que ya no podría disfrutar de aquella fortuna conseguida con el tiempo y las vidas de algunos de sus semejantes.
Luego cayó de espaldas y se quedó quieto.
Loeb contempló la escena de forma incompleta. Volviéndose hacia el joven, gritó a su oído, para que su voz sonara por encima del rugido del motor:
—Berney, dé otra pasada; quiero comprobar algo.
Shallon asintió. Ya había conseguido el dominio del avión, aunque las turbulencias eran muy fuertes, debido al orificio que había roto la línea aerodinámica del fuselaje. El suelo de la avioneta no estaba calculado para resistir un peso de un cuarto de tonelada, concentrado en un espacio inferior a un metro cuadrado.
Forzó los mandos y el ala izquierda se inclinó suavemente. Viró por encima de la selva, alcanzó la hondonada y enfiló la pista, a la altura del borde derecho. Para ver mejor lo que había debajo, inclinó de nuevo el avión hacia babor.
—Sí, ahí está —gritó Loeb—. Aplastado por la caja llena de oro.
En una fracción de segundo, Shallon y Laurie vieron una figura humana, casi completamente oculta por un montón de piezas de oro. Los nativos, entre supersticiosos y temerosos, no se atrevían a acercarse al cadáver.
Shallon niveló y recogió un poco los timones, a fin de ganar altura.
—No lo pasaremos muy bien, pero llegaremos —gritó, para hacerse oír por encima del estruendo que inundaba la cabina.
—De todos modos, no importa —dijo Fran—. Tengo una máscara ritual y pagarán un montón de dinero por ella. Dividiremos el importe por cuatro...
—¿No sería mejor decir «dividir por dos»? —sugirió Loeb.
—Somos cuatro, Hart.
—Dos parejas, Fran.
—Oh... —La doctora se echó a reír—. Si se lo toma en ese sentido, desde luego.
—¿Puedo ver la máscara? —preguntó Laurie, que todavía llevaba puesta la túnica blanca.
—Claro, muchacha.
Fran se volvió hacia atrás y se puso pálida.

—Oh, no, se fue por el agujero...
Loeb se echó a reír y pasó una mano por los hombros de la doctora.
—No te preocupes —dijo—. Hemos conseguido algo más importante que el oro. Fran le miró con ojos húmedos.
—¿De veras, Hart? Loeb asintió.
—Aunque no te hagas la cirugía estética —respondió.
En los asientos delanteros, Shallon y Laurie tenían también su propia conversación.

—Tengo que decirte algo —exclamó él de pronto.
—Grita, porque si no, no te oiré —pidió ella.
—Está bien. Laurie, he podido apreciar que hiciste un buen trabajo de organización.
—No seas tonto. Ha resultado un fracaso completo... —Todo salió a la perfección hasta el aterrizaje, cuando ocurrieron sucesos que tú no podías prever en absoluto.
—Me «avisaron» con una serpiente, Berney —le recordó ella.
—Bueno, hay que dar de lado el tema macabro. Hasta entonces, repito, hiciste una labor fantástica. Todo perfectamente organizado, sin un fallo y en nuestra compañía necesitamos una persona de tus condiciones.
—¿Me estás ofreciendo un empleo, Berney? —Sí. —Shallon hizo un gesto pesimista—. Tendremos que enfrentarnos con muchas dificultades; la compañía de seguros pondrá el grito en el cielo y no cobraremos los veinticinco mil dólares que Joan Vernon debería habernos pagado a la vuelta.
—Hay un contrato escrito —dijo Laurie—. Habrá herederos y podrás reclamarles el cumplimiento del pacto.
—¿Lo ves? Te necesitamos. Y yo también te necesito... privadamente.
Laurie le miró con el rabillo del ojo.
—Berney, ¿qué clase de proposición es ésa?
—Bueno... la que se hace a una chica cuando a uno le gusta... y desea que sea su esposa.
—Es decir, me ofreces dos cosas: trabajo y matrimonio. ¿En qué orden, Berney?
—¿Importa mucho?
Laurie emitió un hondo suspiro.
—No, no importa. Trabajo y matrimonio... Hemos salvado la vida y eso vale más que todos los tesoros del mundo... O.K., capitán. Acepto las dos proposiciones.
Shallon agarró la mano de la muchacha.
—Hemos hecho un vuelo al valle del miedo y regresamos sanos y salvos. No podemos pedir más, cariño.
—El valle del miedo, un nombre muy apropiado —musitó Laurie.
Miró hacia adelante. El cielo era azul y estaba completamente despejado. Como su futuro, a pesar de las dificultades que les aguardaban.
Pero el miedo quedaba atrás.

FIN